

SERVICIO SECRETO

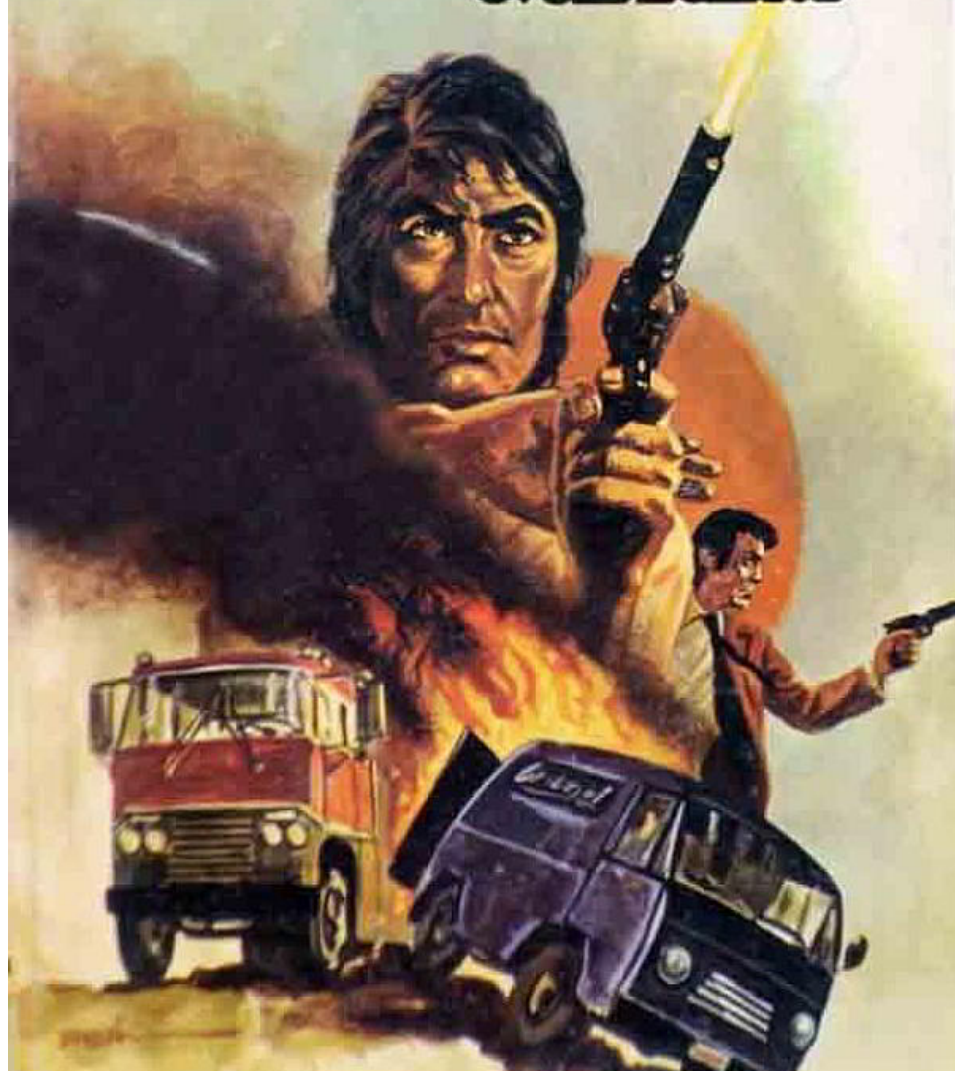
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**LOS AMOS
DEL TERROR**

**Curtis
Garland**



El reactor tomó tierra sin dificultades en la mojada pista de Heathrow.

Era un vuelo privado internacional. Había pedido la debida autorización a la torre de control para tomar tierra allí en vez de buscar un aeropuerto particular, y le había sido concedido, ya que el mal tiempo reinante era la causa del cambio de planes del piloto. Por encima del Canal, el aparato había tenido que sortear un fuerte temporal y vientos contrarios que dificultaron su arribada a las islas.

Una vez en tierra, descendió del mismo un importante personaje extranjero, con su reducido séquito. El viaje era completamente privado, y cumplió los trámites aduaneros en la forma reglamentaria, sin ningún problema.



Curtis Garland

Los amos del terror

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1712

ePub r1.1

Lds 28.02.19

Título original: *Los amos del terror*

Curtis Garland, 1983

Cubierta: Fabá

ePub modelo

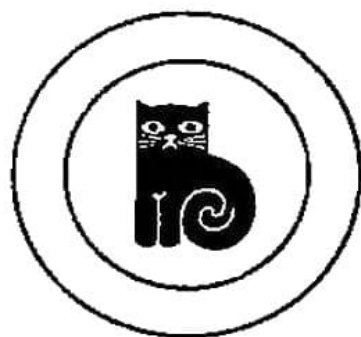
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El reactor tomó tierra sin dificultades en la mojada pista de Heathrow.

Era un vuelo privado internacional. Había pedido la debida autorización a la torre de control para tomar tierra allí en vez de buscar un aeropuerto particular, y le había sido concedido, ya que el mal tiempo reinante era la causa del cambio de planes del piloto. Por encima del Canal, el aparato había tenido que sortear un fuerte temporal y vientos contrarios que dificultaron su arribada a las islas.

Una vez en tierra, descendió del mismo un importante personaje extranjero, con su reducido séquito. El viaje era completamente privado, y cumplió los trámites aduaneros en la forma reglamentaria, sin ningún problema.

Desde el aeropuerto se dirigió sin pérdida de tiempo a un automóvil oficial de cierta embajada situada en Londres, que le condujo a un hotel donde ya existía reserva de habitaciones a nombre supuesto. Los periodistas, pese a su habitual sagacidad en detectar la presencia de personalidades políticas, financieras o del mundo del arte y el deporte, no llegaron a enterarse de la presencia del viajero en territorio británico. La mayor de las reservas había sido la tónica de aquel viaje de índole particular a la capital inglesa de un personaje tan mencionado últimamente en la prensa internacional y con tanta influencia política en su país.

El ilustre visitante se alojó esa noche en el hotel, del que no salió para nada, ni tan siquiera de sus propias habitaciones, adonde le fue subida la cena por encargo del personal de su escolta.

Al día siguiente, muy de mañana, un automóvil negro, cerrado, de cristales opacos, pero no de carácter oficial ni adscrito a cuerpo

diplomático alguno, esperaba a la puerta del céntrico y lujoso hotel londinense. Desde allí partió poco más tarde con rumbo desconocido, llevando dentro al político extranjero y a dos de sus más íntimos colaboradores.

El automóvil cruzó Londres y se encaminó hacia Birmingham, siguiendo la carretera principal, aunque no llegó a la ciudad propiamente dicha, sino que antes de alcanzar Coventry, se desvió por una carretera secundaria hacia Corby, aunque antes de llegar a esa pequeña población, volvió a abandonar la cinta de asfalto para penetrar en una finca acotada, entre altísimos setos y una espesa arboleda, por un acceso donde se anunciaba de modo bien concreto y rotundo:

PROPIEDAD PRIVADA

PROHIBIDO RIGUROSAMENTE EL PASO

No hizo demasiado caso el chófer del coche negro de aquel rótulo y siguió adelante con seguridad, adentrándose en la carretera vecinal que se internaba en lo más hondo de la finca, por la que recorrió casi una milla, antes de avistar otra valla, esta vez metálica, de considerable altura, y rematada por unos sospechosos cables que parecían contener una carga de alta tensión capaz de mantener la zona en perfectas condiciones de seguridad respecto a visitas indeseables.

El automóvil se detuvo delante de la verja herméticamente cerrada, e hizo sonar el claxon tres veces. Luego, el chófer salió del vehículo, se acercó a la alambrada y pulsó un botón situado junto a la puerta.

Por un invisible altavoz, les llegó una respuesta breve:

—¿Quién llama?

El chófer informó, escueto:

—La visita esperada. Número de control, once mil ciento siete.

Alguien debió comprobar el extremo allá dentro. Se escuchó un suave zumbido, y la hoja de enrejado metálico se deslizó sobre unas invisibles guías, dejando el paso franco. Volvió al volante el conductor, y penetró el automóvil en la propiedad. La puerta se cerró de nuevo tras de ellos, tan silenciosamente como se abriera. Rodaron por un camino bien asfaltado, sobrepasaron unos altos

setos perfectamente cuidados y recortados, y se encontraron con un gran cartel cubierto por pintura reflectante para la noche, donde se indicaba:

ACCESO A LA FACTORIA

DE ELECTRONIC GAMES INCORPORATED

SÓLO RESERVADO A PERSONAL DEBIDAMENTE AUTORIZADO

Avanzaron sin problemas, aunque era evidente que ocultos juegos de ojos electrónicos iban siguiendo y detectando el paso del vehículo dentro de la propiedad. Por fin, vislumbraron una larga edificación de dos plantas, y varios anexos, todos ellos de ventanas enrejadas y sólidos muros de ladrillo, sobre los cuales, abarcando toda la longitud del tejado, se podía ver en grandes letras metálicas:

ELECTRONIC GAMES INCORPORATED

FACTORIA EUROPA — 1

El coche se detuvo finalmente ante una puerta por la que habían asomado dos empleados de la empresa, ataviados con «monos» de color azul brillante, y la marca comercial de aquella entidad sobre el pecho y en sus gorras de igual color, con visera, quienes se aproximaron al automóvil, abriendo sus puertas. Descendieron los dos hombres de la escolta, con sus manos hundidas significativamente en sus americanas. Era obvio que no llevaban juguetes debajo de ellas. Miraron recelosos en torno. Uno de los empleados uniformados sonrió.

—No necesitan adoptar medidas precautorias —dijo—. Aquí están totalmente seguros, señores. Pueden pasar, por favor.

Del coche descendió, calmoso, el importante político extranjero. Los dos empleados le dirigieron un breve saludo de cortesía, respetuoso, escoltando a los tres visitantes al interior de la factoría. La puerta se cerró tras ellos.

Caminaron por un largo y limpio corredor, hasta una puerta que también se deslizó silenciosamente a su llegada. Los ojos astutos del visitante iban comprobando la presencia de ojos electrónicos a lo largo de todo el camino, así como los objetivos de cámaras de

televisión en circuito cerrado, siguiendo su marcha desde diversos puntos en el techo. Para ser una entidad dedicada a algo tan simple como juegos electrónicos, parecían existir allí excepcionales medidas de seguridad.

—Entren, por favor —invitó de nuevo el empleado—. Ustedes pueden esperar aquí. Usted, señor, pase la otra puerta.

Los de la escolta miraron, desconfiados, a su protegido. Éste meneó la cabeza en sentido afirmativo, con énfasis.

—Hagan lo que dicen —confirmó—. Todo está bien.

Se quedaron allí los dos protectores. Su jefe desapareció, con los dos empleados, tras una segunda puerta que también acogió silenciosamente a su visitante.

Minutos más tarde, el extranjero se encontraba en un amplio y confortable despacho, delante de un hombre pulcro y bien vestido, con aspecto de ejecutivo inglés de la City, que le tendía su mano, tras una mesa despacho, sonriendo amplia y cortésmente.

—Sea bienvenido, señor —habló con voz educada—. Siéntese, se lo ruego. ¿Un cigarro, algo de beber...?

—No, gracias —rechazó fríamente el recién llegado—. No bebo. Tampoco fumo.

Sólo me interesa hablar, y tengo poco tiempo.

Los ojos inquisitivos del otro le estudiaron atentamente mientras se sentaba frente a él.

—Soy Brian Hawthorne, gerente de Electronic Games —habló suavemente—. Le escucho, señor.

—¿Nadie puede oír nuestras palabras? —desconfió el otro.

—Absolutamente nadie, señor. Este despacho está insonorizado y aislado. Todo lo que aquí se diga, queda entre nosotros.

—¿Cómo puedo saber yo que es usted la persona con quien debía reunirme, y no un suplantador? En nuestra tarea hay que tener seguridad absoluta, señor Hawthorne.

—Alabo su desconfianza y sus medidas precautorias —sonrió el otro—. En efecto, es mejor estar seguro antes de nada. Usted es el número de control once mil ciento siete, expediente cero, cero, noventa y cuatro. ¿Correcto?

—Totalmente, sí.

—Yo también quisiera estar seguro de que usted es la visita que espero, y no un desconocido que adopta otra personalidad.

—Muy natural. Le facilité mis datos cifrados hace seis días.
Omega
BDZ-mil

seiscientos dos, operación ultrasecreta Trópico de Cáncer AB diecisiete.

—Correcto —suspiró Hawthorne afablemente. Luego pulsó un oculto resorte, tras su mesa, y el visitante giró los ojos, con leve sobresalto, a un panel de madera de caoba del muro, que se deslizó en silencio, dejando ver una enorme pantalla de vidrio apagada. Era como un monitor de televisión gigante, con más de cincuenta pulgadas de diagonal.

—Ahora, comprobemos el resto de los datos, señor —dijo con tono afable.

En la pantalla, que se iluminó ahora con una fluorescencia verde, comenzaron a salir cifras y datos, computados rápidamente, y también varias fotografías e incluso unas radiografías del visitante, reproducidas con vivos colores en el vidrio del tubo catódico.

—Ése soy yo —dijo el visitante, sorprendido—. Incluso advierto en una de las radiografías, mi lejana operación de rótula y la señal que dejó en mi hueso de la rodilla izquierda... ¿Cómo lo ha conseguido?

—Nosotros conseguimos todo lo que queremos. Esas otras radiografías que ve junto a las suyas originales, corresponden a las que un aparato de Rayos X oculto tomó cuando cruzó usted esa puerta. Podría ocurrir que fuese un suplantador que hubiera memorizado los datos codificados. Así salimos de dudas. Es usted, y eso nos tranquiliza por completo.

—Empiezo a comprender el nombre de su entidad —rió suavemente el visitante—. Éste sí es un perfecto «juego electrónico».

—Tenemos otros muchos. En realidad, señor, ésta sí es una auténtica central electrónica, donde se fabrican juegos muy sofisticados para los videomaníacos, tan en boga hoy en día. Pero esos juegos poseen luego muchas utilidades que nadie imagina fácilmente.

—Bien, ahora que hemos comprobado nuestras identificaciones personales, hablemos, señor Hawthorne.

—Hablemos, sí —asintió el ejecutivo de la extraña empresa—.

Espero sus peticiones, señor.

—Son muy simples: deseo que muera alguien. Y que dos entidades sean voladas por completo. No importa si hay víctimas o no.

—Entendido —Hawthorne se apoyó el mentón en un dedo, mirando a su interlocutor—. ¿Qué clase de persona debe morir?

—Muy escogida: el ministro del interior de mi país.

—Ya. ¿Y las voladuras?

—La televisión del Estado... y el Banco Nacional. Ambos edificios en la capital de la nación, naturalmente.

—Naturalmente —asintió Hawthorne, como quien calcula el precio de una venta comercial cualquiera—. No va a ser barato, señor.

—Lo supongo. ¿Cuál es la tarifa?

—Usted mismo la verá de inmediato. Nosotros no cobramos más a unos que a otros. Todo depende de lo que ha de hacerse. Las tarifas son siempre proporcionales a las demandas de nuestros clientes.

La computadora del panel funcionó de nuevo. Se borraron el rostro y las radiografías del visitante. En su lugar, apareció una larga lista de cifras. Los cálculos desfilaron vertiginosamente por la pantalla. Por fin, una cifra en rojo apareció en ella: un millón de dólares.

El visitante ni siquiera pestañeó. Desvió sus ojos indiferentes de la pantalla.

—Es mucho dinero —señaló.

—El trabajo también es mucho: el atentado por profesionales que finjan ser algo político, lo que sea... Los expertos en explosivos, las voladuras controladas, el riesgo a correr, dada la situación de dictadura militar de su país... No podemos rebajar un solo dólar.

—¿Y el pago se hace en...?

—En dólares siempre. No aceptamos otra moneda —sonrió débilmente—. Normas de la casa, comprenda.

—Sí, comprendo. ¿Cuándo se puede llevar a cabo?

—Pronto. Enseguida. ¿Lo desea todo simultáneamente?

—Sí. Pongamos todo en veinticuatro horas de plazo, aunque no coincidentes los hechos entre sí.

—Perfecto. Puede llevarse a cabo dentro de tres días si urge. O

una semana, si prefiere que la preparación sea más minuciosa.

—Vale una semana.

—Bien. Entonces deberá hacer efectivo medio millón cuarenta y ocho horas antes de la acción. El otro medio, a las veinticuatro horas de ocurrido todo.

—Muy bien. Acepto.

—Entonces, no se hable más —Hawthorne se puso en pie, tendiéndole la mano—. Tendrá noticias nuestras cuando menos imagine y por medios que ni sospecha. Esté totalmente tranquilo. Hemos hecho cosas infinitamente más difíciles.

Se estrecharon la mano, mirándose fríamente a los ojos. Luego, el ilustre visitante abandonó el despacho. Minutos después, el automóvil negro partía hacia Londres nuevamente. Se cruzó en la carretera con otro coche, un discreto Rolls color azul oscuro, que rodaba hacia Corby al parecer, pero que también se desvió llegado a cierto punto, y se adentró en las propiedades de la Electronic Games Incorporated.

Un segundo visitante pasó aquella mañana a presencia del muy eficiente, frío y profesional ejecutivo que era el señor Hawthorne. Éste era un elegante caballero de aspecto europeo, que saludó ceremonioso a su anfitrión, antes de exponerle, tras las identificaciones previas, tan minuciosas como las anteriores, el motivo de su visita.

—Necesito sus servicios de inmediato —dijo—. A ser posible, para dentro de dos días como máximo.

—Veremos si ello es posible —dijo cautamente el gerente de la Electronic Games—. ¿Qué es lo que espera de nosotros, exactamente, señor?

—Un secuestro. Un importante financiero con relaciones políticas. Pero el secuestro debe terminar con la muerte del secuestrado, después de conseguir un rescate de varios millones.

—¿De dólares?

—Sí, por supuesto. A pagar en el extranjero, donde nosotros señalemos en su momento.

—Le costará quinientos mil. Y un porcentaje del quince por ciento del valor del rescate obtenido.

Tras decir eso, señaló a la pantalla electrónica del muro. Allí, tras un rápido cálculo aparecían exactamente las cifras marcadas de

palabra por Hawthorne. El visitante frunció el ceño, al parecer algo descontento.

—El rescate no es seguro que lo paguen —objetó.

—Si no pagan, no cobraremos más que el fijo de medio millón de dólares. ¿El secuestrado debe morir igualmente, paguen o no?

—En efecto. Parecerá una «ejecución» política. Y se atribuirá a un grupo terrorista de nuestro país.

—Pero no será ese grupo el responsable, ¿verdad? —sonrió Hawthorne.

—En efecto. Ese grupo no tendrá nada que ver en el asunto. Pero tampoco podrán probarlo. Pasan por un mal momento, desorganizados y desmembrados. Sin embargo, interesa a las fuerzas políticas y económicas que represento que se siga creyendo en su vigencia y poderío.

—Entiendo —suspiró el gerente—. Lo conseguiré, no lo dude. Es nuestra garantía, señor. Nunca fallamos.

—Les facilitaré los detalles del golpe —abrió un portafolios y tendió un dossier enfundado en plástico rojo al ejecutivo—. Ahí tiene todo lo relativo a lo que deseamos realmente, incluida la personalidad de la víctima, sus hábitos y costumbres y todo lo demás. Espero que sea suficiente para ustedes.

Hawthorne examinó los documentos. Luego afirmó.

—Lo será, no lo dude —dijo, cerrando el dossier—. Recibirá una comunicación especial, horas antes de llevarse a cabo el secuestro. Entonces deberá depositar doscientos cincuenta mil dólares donde le digamos. El resto, una vez llevado a cabo el secuestro. ¿Conforme?

—Conforme en todo —se puso en pie con un suspiro el visitante—. Hasta pronto, señor Hawthorne.

—Hasta pronto, caballero —sonrió el ejecutivo de la Electronic Games, inclinándose cortés mientras su visitante se encaminaba a la salida—. Y vaya totalmente tranquilo. Ése es nuestro negocio. Y hasta ahora, funcionó siempre a la perfección, se lo aseguro.

—Eso es lo que me dijeron —sonrió débilmente el otro—. Por eso estoy aquí.

Salió, cerrándose suavemente la puerta a sus espaldas. Hawthorne se inclinó sobre un control de teclado, pulsando varias de esas teclas. Estaba empezando a disponer los detalles para

atender los dos «pedidos» de aquel día.

CAPÍTULO II

Las noticias aparecieron en los diarios de todo el mundo ocupando las primeras páginas con grandes caracteres. Las cadenas de radio y televisión transmitieron con urgencia los trágicos detalles de los sucesos ocurridos en dos lugares del mundo tan distantes, con una diferencia de pocos días. Los teletipos informativos transmitieron a todos los continentes la noticia de cada hecho de sangre:

AUDAZ GOLPE TERRORISTA EN UNA DICTADURA SUDAMERICANA. ¡ASESINATO DEL MINISTRO DEL INTERIOR Y VOLA DURA DE LOS EDIFICIOS DE LA TELEVISION ESTATAL Y DEL BANCO NACIONAL DE LA MONEDA!

MASIVAS DETENCIONES Y DURAS RE PRES ALIAS DEL EJERCITO, CREAN UNA GRAVE CRISIS EN TODO EL PAIS. LAS VIC TIMAS DE LAS EXPLOSIONES SE ELEVAN YA A CIENTO DOS.

La segunda noticia no era menos escalofriante, aunque ubicada en otro punto del planeta, sin aparente relación con el anterior:

UN COMANDO TERRORISTA DE LAS *PATRULLAS LIBERTADORAS* SECUESTRA AL PRESIDENTE DEL CONSEJO ECONOMICO *NUEVA EUROPA*, EN EL CORAZON DE GINEBRA. EL GRUPO REIVINDICA EL SECUESTRO MEDIANTE UN COMUNICADO HECHO PUBLICO EN ROMA HOY, Y EXIGE CIENTOS DE MILLONES DE DOLARES POR EL RESCATE.

Sólo una semana más tarde, la noticia se ampliaba con dramáticos detalles definitivos en una edición especial de rotativos europeos.

EL PRESIDENTE DEL CONSEJO ECONOMICO *NUEVA EUROPA* APARECE ASESINADO DE UN TIRO EN LA NUCA EN LAS AFUERAS DE ANNECY, FRANCIA, A POCOS KILOMETROS DE GINEBRA, PESE A QUE EL RESCATE FUE PAGADO DOS DIAS ATRAS EN TERRITORIO FRANCES A UN EMISARIO DEL COMANDO TERRORISTA.

El *Worldnews*, semanario londinense de información general, especialmente de política internacional, fue el que más ampliamente publicó reportajes de los sucesos que habían ensangrentado recientemente los continentes americano y europeo, con los audaces y feroces golpes del terrorismo internacional.

Larry Elliot, su corresponsal especializado en tal clase de sucesos, firmaba ambos artículos, uno fechado en la capital del país sudamericano y el otro en la propia ciudad de Ginebra.

—Te felicito, Larry —aprobó su redactor jefe, Keith Davies, echando una ojeada al reportaje de última hora incluido en el número semanal del *Worldnews*—. Es un trabajo agresivo y vigoroso como pocos.

—Pero que no servirá de nada, como tantos otros —suspiró Larry Elliot, sacudiendo la cabeza con pesimismo—. Esos asesinos seguirán matando aquí y allá, sean armenios, corsos, patriotas, guerrilleros, revolucionarios, reaccionarios o anarcos, Ejércitos de Liberación o fuerzas de la democracia, poderes ocultos o intereses macroeconómicos. Sea cual sea su nombre, la realidad cruda y llana es solamente una: asesinos, se vistan como se vistan. Uno empieza a estar harto de tanta sangre, de tanto horror, de tanta vergüenza humana como se esconde tras esos pretendidos ideales. Mis artículos, Keith, no contribuirán en nada a cambiar las cosas, desgraciadamente para el mundo. Se seguirá matando en Cuba o en Argentina, en Chile o en Nicaragua, en Irán o en Irlanda del Norte, en España o en Italia, en Japón o en Angola. Es el sino de este mundo desquiciado, sucio y miserable en que nos ha tocado vivir.

—¿Moralista a estas alturas, Larry? —rió con sarcasmo su jefe.

—Ni siquiera eso. Ya no existe moral, amigo mío. Ni siquiera yo la tengo ni la recuerdo. Esto es como una jungla. Matas o mueres, malvives y te asqueas día tras día, entre tanta basura y tanta sangre. Unos cuantos puñados de locos matan por encargo de otros que ni siquiera abandonan el lujo de sus palacios, residencias, bancos, mansiones, parlamentos o santuarios sacrosantos. Pero un día todo eso hará volar por los aires al mundo maloliente en que vivimos.

—Te noto muy pesimista, lleno de derrotismo.

—No es eso, Keith. Es vergüenza.

—¿Vergüenza? ¿De qué?

—De pertenecer a la especie humana. De ser hombre civilizado. De todo.

—Pues sí que tienes tu día... —murmuró el redactor-jefe del semanario, poniéndose en pie y dando paseos por la redacción casi vacía a esas horas—. ¿Tan mal te ha sentado viajar a Ginebra, muchacho?

—Pensaba que Suiza era uno de esos reductos de paz que uno sueña siempre que aún quedan en el mundo. Con sus montañas, su nieve y sus paisajes idílicos, imaginé que era el único Shangri-Lah que quedaba en el planeta. Un mundo idílico, hecho de relojes de cuco y de cuentas corrientes secretas en sus Bancos. Pero ni siquiera eso se respeta ya. Allí raptaron a un hombre. Y lo mataron entre tierra suiza y francesa. Ya no quedan reductos. Ya no hay paraísos, Keith. La policía suiza teme nuevos actos de terrorismo en su territorio. Todo es empezar.

—La víctima ni siquiera era helvética.

—Oh, lo sé, lo sé. Era alemán. Un economista, un financiero con ciertas ideas políticas concretas. Era prestigioso y honesto. Estorbaba a alguien, pero nunca sabremos a quién. Ahora está muerto. Ya no estorba a nadie. Alguien se embolsó cien millones de dólares sin pensar jamás en devolverlo vivo. Me pregunto qué hay detrás de todo eso. Lo mismo que en ese país americano. La muerte del ministro del Interior y esas dos explosiones con más de cien muertos, han creado una tensión irrespirable en el país. Habrá guerra civil en cualquier momento. ¿A quién beneficiará eso? ¿A la democracia, al poder absolutista? Sólo Dios lo sabe. Dios... y los que pagaron a los terroristas para llevar a cabo ese golpe.

—Hablas como si las ideologías no tuvieran nada que ver en semejantes actos de violencia, Larry.

—Me jugaría una mano a que es así. He hablado con auténticos idealistas de uno y otro bando. Todos condenaban por igual los hechos, y parecían sinceros. Los que matan y destruyen son casi siempre gentes manipuladas. Profesionales del crimen, o locos que no sirven más que para matar. Detrás de ellos, hay una mano que mueve todos los hilos para que alguien se beneficie con esa violencia.

—¿Rusia o Estados Unidos? —bromeó Keith.

—No sé. Quizás los dos. O tal vez ninguno de ellos —Larry meneó la cabeza, asomándose a la ventana y contemplando el panorama londinense, con su Big Ben destacando en la torre del Parlamento, allá junto al río y al puente de Westminster—. Lo único cierto es que no me gusta lo que ocurre. Nunca me gustó. Sabemos que existe el IRA, que existe la Baader Meinhoff, las Brigadas Rojas, ETA, los suicidas comandos rojos japoneses, los montoneros, los del —Sendero Luminoso, el terrorismo palestino, el terrorismo sionista, los neonazis o los fanáticos maoístas, los armenios vengativos y los corsos independentistas. Y así hasta el infinito. Pero ¿qué se esconde tras de ellos, quién utiliza sus ideologías para su propio beneficio? Eso, nadie ha sabido decirlo aún. Parece que exista miedo en cuestionárselo. Miedo no sé a qué, Keith...

—Pienso que deberías tomarte unas vacaciones —dijo el redactor jefe, mirando preocupado a su subordinado—. Te noto cansado, irritable, nervioso.

—Estoy todo eso y algo más: indignado, asqueado. No sé si necesito vacaciones o no, pero te voy a pedir un favor: concédeme tres días de descanso completo.

—Dalo por hecho. Vete al campo o adonde quieras. Olvídate de la actualidad internacional. No abras la televisión ni pongas la radio salvo para oír música. Es un buen consejo de amigo.

—Lo seguiré al pie de la letra... pero con una chica de bonitas piernas y grandes senos, a ser posible —rió Elliot, irónico—. Y con una botella de buen *whisky* cerca. Eso puede que me devuelva un átomo de fe en mi especie y en mi mundo.

—Te puedo dar los días de descanso y la botella de *whisky*, pero dudo mucho que esté en mi mano facilitarte una chica con esos

atributos que pides —rió a su vez Keith Davies con buen humor—. Si supiera dónde está, pasaría el fin de semana con ella y no aburriéndome con mi mujer y sus amigas en el *cottage* de Stratford adónde vamos cada viernes, te lo aseguro.

—No te preocupes por el detalle —dijo Larry caminando hacia la salida y recogiendo su arrugada gabardina de pasada, para echársela al hombro con indolencia—. Sé dónde encontrar chicas así... y además rubias.

—Suerte que tienes, granuja —refunfuñó Davies, ceñudo, cuando la puerta se hubo cerrado tras de su redactor.

* * *

Debra Malone no tenía trabajo.

Era una mala época para su habitual tarea en los circos y casetas de feria, había que admitirlo. Su padre debía haberle dado una educación distinta, para hacer de ella una muchacha con porvenir, sin necesidad de seguir la tradición familiar bajo las carpas circenses, cada vez menos frecuentadas. La televisión era un mal enemigo para el espectáculo tradicional, y el video y todas esas cosas aún empeoraban más la situación.

Tras disolverse la *troupe* circense en que prestaba su trabajo como adivina y telépata, bajo su nombre de guerra de «La bella y enigmática Debra», había probado fortuna con aquella feria, pero tampoco la cosa resultó demasiado bien, y ahora estaba cesante, sin nada inmediato a la vista que pudiese paliar su difícil situación económica.

Cierto que había aprendido taquimecanografía durante unas vacaciones, y que también hizo un par de cursos de informática entre dos temporadas de circo, por simple afán de saber más y poder llegar a llevar las cuentas de su propio circo cuando llegase la ocasión. Pero todo eso no había pasado de ser un sueño, y ahora la posibilidad de tener circo propio era tan lejana como problemática. Pero la verdad es que no había olvidado sus estudios de secretariado ni sus conocimientos de informática.

Y por eso ahora, tras comprobar por enésima vez que en las nutridas columnas de anuncios por palabras del *Times* no figuraba ninguna oferta de trabajo para artistas de circo, y menos aún para

especializadas en telepatía y adivinación, había optado por dedicarse exclusivamente a las columnas de ofertas de trabajo para secretarias, programadoras y cosas por el estilo. Allí sí había bastante demanda, la verdad.

Se fijó muy especialmente en uno de los anuncios, por ir recuadrado y ofrecer más alto salario que ningún otro, aunque también parecían exigir más de los aspirantes.

Volvió a leer el anuncio, antes de tomar el teléfono y marcar el número allí indicado:

Para importante empresa electrónica internacional, con sede en Inglaterra, se requiere: Persona joven y eficiente. No importa sexo. Con ansias de superación. Preferible soltera y sin familia, Trabajo cerca de Londres, seis días semanales, con alojamiento y comidas. Un día totalmente libre y otro con doble paga. Conocimientos de secretariado. Rapidez mecanográfica. Conocimientos de programación de computadoras. No imprescindible experiencia previa. Se valorará juventud y ambiciones del aspirante, así como aceptación de las condiciones de trabajo. Interesa pueda viajar al extranjero sin objeciones, con paga y dietas especiales. Interesados, llamar de 9 a 12 y de 2 a 4 al teléfono abajo indicado. Preguntar por señorita Von Klein. Referencia EGI-220.

Salario a convenir. Mínimo de trescientas libras mensuales, aparte incentivos y pagos de días dobles.

Sí. Era un anuncio sumamente interesante. A Debra Malone le interesó de inmediato aunque no se hizo ilusiones respecto a conseguir la plaza. Sin duda habría muchas aspirantes infinitamente más cualificadas que ella para aspirar al puesto. Era época de crisis laboral y sobaban parados en toda Inglaterra. Pero si no probaba, nunca tendría la menor oportunidad.

Descolgó el teléfono. Marcó el número indicado y preguntó por

la señorita Von Klein. Tras una pausa, una voz de marcado acento germano la atendió en correcto inglés.

Le preguntó algunos datos personales, y la citó para el día siguiente a las diez de la mañana en una oficina de Londres. Eso fue todo. Debra colgó, sin demasiadas esperanzas. Pero con cierta ilusión por el resultado de aquella prueba. Dependían quizás tantas cosas de ella...

Al día siguiente, de modo puntual, estuvo en el lugar señalado. Como temía, hubo de esperar turno. Una cola de más de treinta personas, en su mayoría mujeres, jóvenes como ella, esperaban a ser probadas. Debra pasó su examen de taquigrafía, mecanografía, archivo y posteriormente algo de informática no demasiado complicado. Rellenó un impreso, contestó a otras cuantas preguntas, y fue despedida con la promesa de que recibiría un telegrama si era aceptada. La mujer que la atendió, alta y de mediana edad, rubia y pálida, de ojos azules fríos e impersonales, era la que hablaba con acento extranjero. Vestía traje sastre y llevaba el dorado pelo liso hacia atrás, peinado con un moño. Era poco femenina y nada cordial. Dijo llamarse Herta von Klein y pertenecer a una multinacional de la industria electrónica. Eso fue todo.

Debra abandonó la oficina, segura de no ser llamada nunca más.

Por eso, cuando veinticuatro horas más tarde recibió un telegrama en su pensión, se quedó sorprendida.

Y más aún al leer el texto:

Ha sido aceptada para el trabajo. Persónese mañana a las nueve en punto en la misma dirección, con equipaje.

Saludos,

Herta von Klein.

No podía creerlo. Pero ya tenía trabajo.

* * *

Un automóvil la trasladó desde la oficina de Londres hasta la

factoría situada en una región al norte de la capital, en plena campiña, y tras penetrar por un camino vecinal, hasta una factoría aislada, situada en una zona que le pareció singularmente protegida contra cualquier intruso, con altas cercas alumbradas y todo. Leyó el nombre de la empresa a la cual iba a pertenecer: Electronic Games Incorporated, Factoría Europa-1.

—Puede bajar, señorita Malone —dijo el hombre que la condujo hasta allí en completo silencio durante todo el viaje—. La están esperando. Éste es su lugar de trabajo desde hoy.

La joven obedeció, pensativa, dirigiendo una mirada en torno a los anexos herméticamente cerrados, la larga factoría de dos plantas y los campos que la circundaban, amplios y totalmente desiertos en aquel momento, bajo el tibio sol matinal de Inglaterra en otoño. El prado era verde, suavemente ondulado, como si correspondiese un gran campo de golf. Lejos de la contaminación ciudadana lejos de todo lugar habitado, el sitio daba la impresión de ser apacible y sosegado, sano y limpio de atmósfera y clima. Pero aun así, había algo en aquella empresa donde iba a trabajar desde ahora que le resultó extraño. Por un momento, Debra Malone dejó de ser la actual secretaria y programadora que habían solicitado, para volver a sus tiempos anteriores de adivina y telépata, cuando desde niña asombraba a los públicos con su rara percepción de cosas nunca dichas ni vistas, con sus alardes de premonición que no eran nunca truco, sino una especial sensibilidad suya para intuir aquello que le transmitían mentalmente, para captar ideas, pensamientos o hechos distantes, con su singular capacidad extrasensorial, nunca explicada a menos que no fuese por simple herencia paterna.

Y en el instante de volverse sensible a emociones y sensaciones que otros no podían captar, Debra notó dentro de sí una extraña impresión de recelo y de inquietud. Como si algo, en todo aquello, no estuviese tan claro como parecía serlo. Sus ojos recorrieron el apacible paraje y se detuvieron en el tejado color pizarra, en las grandes letras del rótulo de la empresa, en sus ventanas herméticamente cerradas, en sus diversas puertas, en todo lo que tenía ante sí y que iba a ser escenario de su cotidiana labor para la Electronic Games Inc., a partir de ese momento.

—¿Dónde están los alojamientos del personal? —se interesó tratando de hallar en torno un edificio que pudiera corresponder a

tal efecto.

El chófer del automóvil se limitó a encogerse de hombros e indicarle con ambigüedad:

—Eso ya se lo dirán aquí, señorita, en su momento debido.

—Sí, claro —admitió ella vagamente, con expresión distraída—. Bien, vamos allá. Entró en el edificio por la puerta que le señaló el chófer que la trajera desde

Londres. Se encontró ante una ventanilla de recepción, a la que asomó un hombre con uniforme azul y gorra de igual color con el emblema de la empresa. Ella le tendió una tarjeta perforada, de plástico, que le dieran en la oficina londinense aquella misma mañana, junto con un talón por valor de trescientas libras, a cuenta de su salario futuro, para descontar proporcionalmente mes tras mes, y el empleado la insertó en una ranura, leyendo el resultado en una pequeña pantalla de computadora.

Debió quedar satisfecho del trámite, porque devolvió la tarjeta y le indicó que pasara por la puerta del fondo, para ser recibida en la Sección de Personal. Debra asintió, siguiendo esas instrucciones.

Se encontró en unas oficinas como cualquiera otras, con mecanógrafas, programadores de ambos sexos ante sus terminales de computadora y toda una serie de personas trabajando activamente en sus mesas. Debra pasó por delante de todos ellos, que ni siquiera le dirigieron una mirada de curiosidad, entrando en un despacho donde la recibió la misma mujer rubia, germánica, que ya conociera en Londres anteriormente, durante sus pruebas para obtener el empleo.

Herta von Klein estrechó su mano con una sonrisa estereotipada, y la hizo sentar ante ella, examinándola críticamente con sus azules y fríos ojos.

—Bien, señorita Malone, ya está entre nosotros —comentó—. Sea bienvenida.

Espero que se encuentre a gusto en su nuevo trabajo.

—Yo también lo espero así, señorita Von Klein. ¿Cuándo debo empezar?

—Dentro de un poco. Ahora será llevada a su alojamiento para que deje allí su equipaje y se instale adecuadamente. Podrá posteriormente reunirse con los demás en los comedores y almorzar, para integrarse en su tarea durante la tarde, para ir adaptándose a

ella paulatinamente.

—Muy bien. Pero le aseguro que podría comenzar ahora mismo...

—No será necesario —sonrió la rubia alemana—. No tenga prisa. Nuestra empresa prefiere hacer las cosas ordenadamente, sin apresuramientos. Siempre nos dio buen resultado. Y usted comprobará que se siente mejor sin que nadie la presione para rendir lo antes posible en su puesto de trabajo. Ahora la llevarán a su alojamiento, situado a alguna distancia de ésta factoría, pero dentro de los terrenos propiedad de la empresa. Sígame, por favor.

Se incorporó, precediendo a su visitante en dirección a otra puerta posterior, por la que salieron a un largo corredor, a cuyo final Debra se encontró una salida lateral, tras bajar unos escalones, y que conducían a un sótano aparentemente destinado a aparcamiento de vehículos. Allí fue cargado su equipaje en una furgoneta, y ella subió a un pequeño automóvil que se puso en marcha, conducido por un empleado de la empresa, con el inevitable uniforme azul y la gorra de visera, pero rodando siempre bajo tierra, por unos largos corredores subterráneos, bien alumbrados con tubos fluorescentes, hasta llegar a una rampa que subía al exterior. La remontaron y se encontró en un amplio patio circundado por viviendas que formaban un hexágono, en torno al espacio abierto. Las puertas eran visibles allí, en tres plantas, con números de orden en ellas. Era como una pequeña colmena residencial, edificada en torno a la salida del corredor subterráneo que comunicaba con la factoría. Más allá de aquella estructura hexagonal, no le era posible ver nada.

—Ya hemos llegado —dijo el conductor, bajando del pequeño coche con las maletas— Su apartamento es el

B-11,

en la primera planta. Lo tendrá todo a punto sin duda.

Así fue. En la galería de la primera planta, la puerta

B-11

dio paso a un pequeño apartamento, pulcro y bien cuidado, con un dormitorio, un salón de estar, una pequeña cocina, un aseo y una terraza... asomada a un jardín bloqueado por una alta valla que no permitía ver más allá.

Debra comprobó que habían cuidado todos los detalles. Había

toallas, jabón y hasta pasta de dientes por estrenar. Latas de comida en la cocina, unos botes de leche y de zumos de frutas en el frigorífico, y otros productos básicos, como café, azúcar o pan, en una bolsa de plástico con el sello de un economato de EGI. Al lado, una especie de tarjeta de crédito a su nombre, para ese economato, aparecía como un detalle más de la excelente organización interna de la empresa. Naturalmente, tampoco faltaban libros, un televisor y un receptor de radio.

—La dejo —sonrió el conductor, encaminándose a la salida del pisito—. En esta zona sólo residen las mujeres empleadas. Si desea ir a comer al comedor general, le bastará con bajar al subsuelo. Un coche la conducirá al comedor de personal en breves instantes.

—Sí, gracias. Creo que iré aunque tenga aquí cosas para almorzar, para irme integrando en el ambiente laboral de esta casa.

Puso sus cosas en los armarios, ordenó todos los detalles, y luego encendió un cigarrillo, asomándose al jardín vallado que le impedía ver más allá del reducido recinto cubierto de césped y macizos de flores. Miró en derredor, a los vacíos apartamentos, cuyos titulares sin duda estarían ahora en sus puestos de trabajo. Se preguntó por qué aquel lugar, pese a su aspecto cuidado y confortable, le recordaba tanto una prisión. Trató de apartar la idea de su mente. Pero no pudo. También le había resultado extraño el viaje por el subsuelo, con aquel largo corredor para automóviles de reducido tamaño, que ponía en comunicación la factoría con la zona residencial para empleados. Todo tenía un aire aislado, oculto, como si se moviera dentro de una base de alta seguridad o de una zona militarizada.

Repentinamente, sin saber por qué, algo golpeó su cerebro.

Fue una de aquellas sensaciones raras, fulminantes y profundas, que llegaban a su mente en otros tiempos, cuando día tras día se enfrentaba a un público escéptico, cuando no francamente hostil, tratando de establecer contacto con sus cerebros, con sus más recónditos pensamientos, para de ese modo asombrarles con alardes de agudeza mental y de premonición o adivinación.

Sin entender bien aquella sensación actual, un fragmento de idea, unos inciertos pensamientos de alguien, aislados y dispersos, fueron captados por la altísima sensibilidad de Debra Malone:

«Explosivos... Santa Ana... Atentado... muerte... Explosiones...

Bokala...».

Eso fue todo. Tras desfilan esos deshilarados conceptos por su cerebro, se hizo el vacío en éste. El fenómeno dejó de producirse. Volvió a la normalidad. Respiró hondo y movió la cabeza, pasándose una mano algo trémula por la frente.

Se sentía tensa, cansada, como si hubiera hecho un gran esfuerzo. Le ocurría siempre que se producía ese «contacto» entre su mente y otra capaz de transmitirle ondas mentales. Era un trance telepático fugaz. Pero cierto. Una vez más, había podido captar algo, aunque no entendía lo que podía ser ni le vio demasiado sentido a la cosa.

Por ello, cuando hubo arreglado todo en su apartamento donde debía residir a partir de ahora, con sólo el domingo para poderse ausentar semanalmente adonde quisiera, pero con la expresa condición de estar antes de las cero horas del lunes siguiente de regreso en la factoría, Debra se encaminó al subsuelo, donde como le dijera su anterior chófer, pudo encontrar un vehículo a punto, cuyo conductor, tras saber que iban al comedor de la empresa, asintió, poniendo el coche en marcha.

Poco más tarde, coincidiendo con el mediodía, Debra se encontraba formando una larga cola, con otras compañeras de su nuevo lugar de trabajo, ante el *selfservice* del comedor, con su bandeja. Observó que había al menos, entre hombres y mujeres con el uniforme azul de la empresa, más de dos centenares. La comida resultó sana, abundante y bien cocinada. Jenny Scott, programadora especializada, resultó su compañera de asiento en la mesa cuando se sentó a comer. Era una muchacha menuda y simpática, de fácil risa y buen humor, más bien feúcha pero llena de gracejo. Fue ella quien, durante el almuerzo, le explicó confidencialmente:

—Trabajarás a gusto aquí. Son gente afable y cordial. Hay buen trato. Pagan muy bien aunque te exijan mucho y bien. Pero aun así... no me gusta esto, amiga mía.

—¿No te gusta? —se extrañó Debra—. ¿Por qué?

—Psé... —Se encogió de hombros—. No lo sé. Pero no me gusta, es todo lo que puedo decirte. Es todo demasiado perfecto, demasiado bueno para ser real. A veces me digo que estoy viviendo un sueño o una rara aventura. Pero aquí nunca ocurre nada. Ni

siquiera se pueden tener malos sueños. Es tan aséptico, tan frío y tan suave todo, como vivir dentro de una de esas computadoras que manejamos aquí.

—¿También vas a trabajar tú en ellas?

—Supongo que sí, pero tengo poca experiencia aún. Y ninguna como programadora.

—Oh, no importa ya aprenderás. Aquí no te exigen demasiado. Pero te dejan practicar hasta que lo dominas todo a la perfección. Bueno, podrás trabajar donde te guste, pero nunca en la MAG-10.

—¿En la qué?

—La

MAG-10.

La supercomputadora de la casa. Nadie puede manejarla bajo pretexto alguno. Sus claves son indescifrables y no funciona a menos que primero la codifique adecuadamente su único controlador.

—¿Y quién es ése?

—El patrón. El gerente, señor Hawthorne. Ni siquiera la señorita Von Klein a pesar de que ella es de total confianza en la empresa y un alto cargo. Te digo, chica, que esa

GG-10

debe de ser algo fuera de serie. ¿Para qué querrán tanto secreto en una vulgar fábrica de juegos electrónicos para videomaníacos?

Debra no respondió a eso. Siguió comiendo en silencio, contemplando a sus restantes camaradas que comían en las largas mesas del recinto. De nuevo, aquellas absurdas ideas deshilvanadas acudieron a ella, insistentes, dejándola absorta:

«Explosivos... Santa Ana... Atentado... muerte... Explosiones... Bokala...».

Permaneció con el vaso de agua mineral en el aire, la mirada perdida. La sobresaltó la voz de su compañera:

—Eh, ¿qué te pasa? ¿Te ha dado una corriente?

Se echó a reír, negando con la cabeza. Volvía a sentir aquella tensión y nerviosismo que los contactos telepáticos le producían siempre. Le costó hablar, alejando las confusas idas recibidas en la mente, para no pensar en ellas:

—Perdona. Estaba distraída. Me ocurre a veces. Soy algo dada a

estas cosas, no tiene importancia. Supongo, acerca de lo que decías, que cualquier empresa, aunque sea de juguetes, tiene hoy en día sus dobles contabilidades y sus secretos industriales, que guarda celosamente. Nada mejor que un archivo cifrado en una computadora para que nadie husmee en sus cosas, ¿no crees?

—Sí, debe de ser eso —suspiró su nueva compañera—. En fin, sé bienvenida entre nosotros, amiga. Si tienes alguna duda de a que pueda sacarte, cuenta conmigo.

—Así lo haré, gracias —sonrió Debra—. Cuando se empieza en algo, siempre es bueno contar con amigas como tú...

Y siguió comiendo, mientras escuchaba la fácil y variada charla de Jenny Scott, tratando de no pensar en aquel sexto sentido suyo que la advertía de que algo extraño, intangible, trataba de comunicarse con ella. Y que, de un modo u otro, había captado unas ideas, unos retazos de pensamientos de una mente afín a la suya de alguna forma.

Cosas que no entendía. Cosas que no parecían tener sentido. Pero cosas que la inquietaban profundamente.

CAPÍTULO III

Larry Elliot abrió la portezuela.

La rubia de los gigantescos pechos macizos bajó del vehículo dificultosamente. Su breve y ajustada falda, ceñida a sus poderosos muslos, le dificultó la empresa, pero pudo poner sus altos tacones en el mojado asfalto londinense, y se volvió, melosa, a Larry, guiñándole un ojo.

—He sido muy feliz estos días, querido —susurró, haciéndole un mohín de picardía con sus carnosos labios—. Eres todo un hombre. ¿Cuándo nos veremos de nuevo?

—Te avisaré en su momento —suspiró Larry, cerrando la portezuela—. Hasta pronto, encanto.

Y arrancó, mientras la exuberante rubia se alejaba por Piccadilly, cimbreado sus caderas y haciendo vibrar sus nalgas, ante la admiración de los varones con quienes se cruzaba.

En el cruce con Oxford Street, un claxon sonó repetidamente junto al coche de Larry. El periodista se volvió, sorprendido. Una mano se agitó cerca de él, envuelta en un guante de terciopelo, por la ventanilla del coche parado junto al suyo en el semáforo. Elevó los ojos hasta encontrarse con el rostro de la bella dama sentada al volante. Bajó el vidrio de la ventanilla.

—Vaya, qué raro... —murmuró irónico—. ¿Tú aquí? La última vez que te vi fue en Suiza... Justo al borde del lago, frente a Le Point de la Machine de Ginebra. ¿Cómo me encontraste en Londres?

—No es difícil —rió la conductora del otro coche—. Tienes una especie de imán para mí. Siempre acabamos encontrándonos, Larry.

—Cosa que no ocurriría si no me siguieras por todo el mundo como mi propia sombra, Sada.

—Oh, dices las cosas de un modo horrible. Es como si me

encontrases insoportable —la bella muchacha de cabellos rubio oscuros que se sentaba al volante del lujoso Aston Martin deportivo color dorado metálico, hizo un gesto de fingida ofensa—. ¿Tan molesta te resulto?

—Hablares de ello luego —dijo Larry, al ver el ámbar en el semáforo—. Voy a aparcar frente al *pub* Britain, para tomar una cerveza. Te espero allí.

—No faltaré —prometió la rubia, partiendo como una centella con su suntuoso coche y dejándole atrás en el farragoso tráfico londinense del mediodía.

Cuando entró en el *pub*, como ya esperaba, la bella automovilista estaba ya aguardando en una mesa junto a las vidrieras emplomadas del local, con dos jarras de dorado líquido espumoso ante ella. Le invitó a sentarse, con un ademán elegante.

—No te molestes en invitarme —dijo—. Ya está pagado.

—¿Siempre has de andar por el mundo haciendo alarde de tu fortuna? —Se irritó Larry, mirándola con disgusto al sentarse—. En Moscú fue una lata de caviar de dos kilos, con champán francés. En París, unos guantes de cabritilla y un billetero, enviados al hotel con tus saludos. Y en San Francisco de California enviaste a mi cuarto del hotel la mejor bandeja de mariscos que vi jamás, como despedida amistosa del gran país americano. A los hombres no nos gusta que nos inviten ni nos paguen las cosas.

—Sólo eran pruebas de mi afecto y gratitud hacia ti por soportarme cerca y permitirme seguir tus reportajes sobre el terreno —sonrió ella.

—Ahora no es ése el caso. Estamos en Londres y no tengo ningún reportaje entre manos.

—Bueno, una cerveza tiene poca importancia. Si tu ego masculino se siente ofendido, devuélveme el dinero que pagué, y listo. Ah, por cierto, te pedí cerveza rubia porque conozco tus gustos... Siempre rubias. Y opulentas como esa jarra, ¿verdad?

—Tu ingenio me deslumbra siempre —dijo él con sarcasmo—. Viste a mi compañera, ¿eh? Era sólo una buena amiga...

—Oh, claro, claro —rió ella—. Una amiga con cincuenta pulgadas de busto y todavía más de caderas... Todo un ejemplar de primera fila. Sobre todo, para practicar la amistad platónica.

—Empiezas a disgustarme —refunfuñó Larry—. No me gusta

que me vigilen.

—Yo no hago eso —sonrió la bella joven, retocando el *foulard* color fucsia de su cuello, y mirándole irónica con sus chispeantes ojos verdes—. Sabes que estoy preparando un libro sobre reportajes internacionales y la sufrida vida de los reporteros en el mundo actual. Y te he elegido como protagonista de mi obra.

—Si es un *best-seller* te exigiré porcentajes de venta. Pero de momento, resulta muy molesto encontrar a una persona en todas partes, vaya uno adonde vaya.

—¿Incluso aunque esa persona sea yo? —Le miró con aire digno, aunque seguía chispeando en sus pupilas el buen humor—. Eso no lo dirían muchos. Tu colega, por ejemplo...

—¿Qué colega? —Fruunció el ceño Larry.

—¿Quién va a ser, Lloyd Vaughan, del *Report...*?

—¡Ése no es un colega, sino un parásito! —bramó Elliot, irritado—. Vaughan sólo busca «pisar» las noticias, aprovecharse del trabajo de otros para medrar él. Es un indeseable del periodismo, un reportero sin escrúpulos.

—Pero un rival que te encuentras en todas partes adónde vas.

—Es una labor de espionaje industrial o poco menos. Tiene tendida una red de vigilancia en torno a mí y al *Worldnews*. Le basta eso para seguirme y tratar de ganarme por la mano con medios sucios y poco ortodoxos. Algún día le romperé la cara a golpes, tenlo por seguro.

—Oh, por favor, no seas primitivo —se horrorizó cómicamente la elegante joven—. Sabes que no soporto esas ordinarieces. Tú eres un hombre culto, refinado, inteligente y sociable...

—Soy un imbécil por consentir que ese tipo trate de jugármela con malas artes cada vez que voy a un sitio del mundo en pos de la noticia. Y también por permitir que tú, una niña caprichosa, demasiado rica y llena de mimos, me vaya vigilando también como una espía de pacotilla, para pergeñar un libro que tal vez nunca llegues a escribir.

—¿Eso piensas de mí?

—Lo siento, pero no me gusta sentirme vigilado día y noche en cualquier lugar del mundo donde me encuentre, Sada. Incluso aunque mi espía sea una mujer joven, bonita y cargada de millones.

—Si te hubieras olvidado por una vez de mis millones, el piropro

te hubiera quedado perfecto —se quejó ella.

—Lo siento. No trataba de piropearle.

—Ya lo he visto —le miró pensativa—. ¿No tienes ningún viaje en perspectiva?

—No, ninguno.

—Ignoraba que el mundo estuviese tan tranquilo.

—No lo está. Pero disfruto de unos días de descanso que me tengo merecidos.

—Oh, claro, el reposo del guerrero —rió ella de buen humor—. Debí pensarlo al ver bajar de tu coche a aquella rubia con semejante parachoques...

—¿Otra vez eso? —arrugó el ceño y apuró la jarra de cerveza, poniendo ante ella una moneda—. Pago yo, de modo que recupera tu dinero. Si diste una propina demasiado generosa, eso ya es cosa tuya. Yo no tengo una cuenta corriente como la tuya, encanto.

—Siempre tan amable —recogió la moneda y la miró antes de guardarla con aire indiferente—. ¿Ya quedó complacido tu machismo?

—Sólo en parte —gruñó Larry. Señaló a la cantinera—. Ella pensará que soy tu *playboy*.

—¿Desde cuándo te preocupa lo que los demás digan?

—No lo sé. Pero me preocupa. Debo estar haciéndome viejo. ¿Nos vamos?

—Como quieras —se puso en pie. Sólo había tomado menos de media jarra—. ¿Vas a algún sitio determinado?

—Tal vez me dé un paseo por la redacción, eso es todo. Una terminal de nuestro nuevo sistema de redacción mediante ordenador anda mal, y mi amigo Alan Treadwell, un experto en electrónica, quiere repararla. De paso, repasará la mía, que no anda tampoco muy fina. ¿Vas a seguirme también allí?

—No, eso sería aburrido e inútil —suspiró ella—. Esperaré a que emprendas tu próximo viaje a algún lugar donde suceda algo importante.

—No tienes remedio —resopló Larry, meneando la cabeza, camino de la salida del elegante y discreto *pub*—. Un día iré al infierno, y te encontraré metida en una de las calderas, esperándome.

—Si el infierno es demasiado frío, probablemente —rió ella de

buen humor.

Se despidieron en la acera. El lujoso deportivo dorado se alejó en el tráfico, llevándose consigo a la atractiva y elegante muchacha. Larry sonrió, moviendo la cabeza de un lado a otro al verla alejarse.

—Si no fuese tan sumamente rica, sería encantadora —murmuró—. Pero me aterra la sola idea de casarme con cinco millones de libras esterlinas...

Condujo hasta la redacción del *Worldnews*. Cuando entró en ella, los redactores se hacinaban en grupo delante de un aparato de televisión en la mesa de Keith Davies, el redactor jefe. El aparato estaba encendido. Un boletín de urgencia informativo estaba siendo emitido en esos momentos.

Larry se detuvo, al escuchar la voz del locutor, sobre unas imágenes borrosas y rápidas, recién llegadas vía satélite. Sintió un escalofrío.

—... Están viendo imágenes de la masacre de la nueva República de Bokala, en donde el presidente del gobierno ha sido asesinado en un acto público, mediante ráfagas de metralleta disparadas por elementos subversivos del Ejército y un comando terrorista todavía sin identificar, posiblemente relacionado con el Movimiento de Liberación Nacional de Bokala, de carácter ultranacionalista, contándose de momento con un mínimo de diecinueve muertos y más de treinta heridos en la masacre cometida en plena plaza, ante el palacio presidencial.

Las imágenes, revelando una serie de cuerpos de raza negra, yacentes sobre su propia sangre en regueros, en medio de tremenda confusión, se congelaron en la pantalla del televisor, para ser sustituidas por otras no menos espeluznantes, ahora con el indicativo superpuesto en la parte superior izquierda de la imagen, alusivo al país de origen de la nueva noticia: Santa Ana, América Central.

—Y siguiendo con el terrorismo internacional, de nuevo y por desgracia en primer plano de actualidad —prosiguió la voz del locutor—, les ofrecemos las primeras imágenes llegadas de Santa Ana, en el continente americano, y que Euro visión nos ha servido hace pocos minutos, relativas al robo de explosivos en un almacén del Ejército. Los expertos calculan que el material robado supera en mucho la cantidad suficiente para volar por los aires la capital

entera de la nación, ya que a gran número de granadas y proyectiles de artillería ligera, hay que unir la desaparición de cajas de explosivos por valor de más de dos millones de dólares. Se ignora la utilidad que los terroristas podrán reservar a ese gigantesco robo, así como su influencia en la candente situación político-militar de la zona en la actualidad...

Cuando parecía que las malas noticias habían terminado, apareció el locutor en imagen, tomando un papel de encima de su mesa, y añadiendo con gesto serio:

—Nos llega en estos momentos un último télex procedente de Bokala, donde se refiere escuetamente que, al atentado mortal contra el presidente Nbongo ha seguido con poco espacio de tiempo de distancia, una pavorosa explosión que ha destruido totalmente un sector de la capital, temiéndose que el número de víctimas inocentes sea elevadísimo, ya que en la zona se hallaban dos colegios y un hospital, así como dos hoteles habitualmente ocupados por turistas extranjeros. Mantendremos informados a nuestros espectadores, en boletines informativos sucesivos, de la situación de Bokala y del curso de acontecimientos y número de víctimas de los mismos.

El redactor jefe cerró el televisor. Los reporteros se dispersaron, cambiando entre sí excitados comentarios. Los ojos de Davies y de Larry se cruzaron. Éste dejó caer sus brazos a lo largo del cuerpo.

—Oh, no —masculló—. Eso no... Estoy leyéndote el pensamiento, Keith...

—Lo lamento, Larry. Eres mi mejor hombre. Tienes que elegir el lugar adonde vas. Pero hazlo pronto. Pronto puede estar todo al rojo vivo, en África o en América Central.

—Me quedo con África —suspiró resignado—. Parece que la cosa allí está mucho peor. Aunque lo de Santa Ana puede reventar en cualquier momento...

—Prepararé todo para tu viaje —dijo—. De veras lo siento, pero no puedo confiar en otro. ¿Sabrás explicárselo a tu rubia de los grandes senos?

—No te preocupes por ella. Ya es agua pasada —bostezó Larry con aire abatido—. Estaré listo enseguida. ¿Cuándo sale el primer avión para Bokala?

—Esta noche. Vuelo hasta Canarias y enlace en Casablanca con

la línea regular de Bokala. Ya lo había previsto apenas dieron la primera noticia. La reserva está hecha a tu nombre.

—¿Y si no hubiese aparecido por aquí tan a tiempo?

—Te hubiera encontrado donde estuvieras —rió Davies—. De eso puedes estar seguro.

* * *

Debra Malone estaba asustada. Muy asustada.

Acababa de escuchar por televisión las noticias. Una horrible sospecha había nacido en su mente justo al oír los nombres de Santa Ana y Bokala. Luego, los horribles detalles de ambos sucesos la sobresaltaron hasta el terror.

—Es lo que capté al llegar... —musitó, cerrando el televisor y paseando agitada por su apartamento—. Santa Ana, explosivos... Atentado y explosiones en Bokala... Fue eso lo que captó mi cerebro... Alguien pensaba en ello, no lejos de mí... y yo intercepté esa idea... Dios mío, ¿qué significa todo esto? Los hechos han ocurrido hoy. Y yo pensé eso anteayer, a mi llegada a ésta factoría... Para entonces, nada hacía sospechar esos hechos en esos dos países, por muy difícil y tensa que fuese la situación en ellos... Yo nunca había oído hablar de Bokala. Y jamás me preocupé de Santa Ana.

Se acercó a la terraza y asomó a ella. Oyó los televisores en los apartamentos vecinos, música en algún otro. Las luces de las ventanas brillando en la quieta, húmeda y fría noche otoñal de la campiña inglesa. Luego dirigió sus ojos a la alta cerca que le impedía ver más allá del pequeño jardín de la zona residencial. Se sintió de nuevo como cautiva, prisionera en una dorada jaula de la que no podía salir,

«Es ridículo —se dijo a sí misma—. Nadie me impide marcharme de aquí ahora mismo, si lo deseo. Es sólo un lugar de trabajo, una factoría industrial con vivienda. El domingo iré a Londres si quiero, andaré por sus calles libremente y nadie me podría impedir que me quedase allí, sin regresar jamás a este sitio. No sé por qué pienso esas cosas...».

—¡Eh, Debra! ¿Qué haces, querida?

La voz la interrumpió. Alzó la cabeza. Miró a su vecina del piso

de arriba, tres puertas más allá. Era la risueña y dicharachera Jenny Scott, programadora y compañera de mesa en el comedor. Le respondió agitando distraídamente un brazo.

—Hola, Jenny —dijo—. Tomaba un poco el aire...

—La verdad, yo he cerrado la televisión —confesó Jenny—. ¿También tú?

—Sí. Sólo dan malas noticias...

—Horribles, amiga mía. Siempre el dichoso terrorismo, la violencia, la sangre... Es como si el mundo entero se hubiese vuelto loco. ¿Quieres subir conmigo? Podríamos jugar una partida y escuchar música por la radio. ¿No te sientes muy sola a veces?

—Sí, bastante. ¿No te molestaré a estas horas?

—Oh, no. No tengo sueño. Vamos, sube, Debra. Nos hará bien charlar un poco.

Asintió, saliendo de su apartamento tras apagar las luces. Echó a andar escaleras arriba, rechazando el ascensor. Llegó a la planta superior. Por una ventana, observó que también la cerca del jardín se alzaba hasta allí sin dejar ver el resto del recinto. La puerta del ascensor se abrió. Herta Von Klein salió de la cabina. Pareció sorprendida al verla allí.

—Buenas noches —saludó la alemana—. Creí que se alojaba en el piso inferior, señorita Malone...

—Y así es. Sólo iba a visitar a una compañera de trabajo para charlar un rato.

—Oh, entiendo —sonrió con su aire eternamente hierático e impersonal la funcionaria de la Electronic Games—. Que lo pase bien, buenas noches.

Siguió adelante hacia su propio apartamento, situado al fondo del corredor. Parecía ir ensimismada, pensativa, sumida en sus propias reflexiones. Debra la siguió con curiosa mirada mientras se dirigía a la puerta de su amiga.

Y de nuevo lo notó

Esta vez fue como una oleada llegando impetuosa a su cerebro. Algo que la sacudió con fuerza, hiriendo vivísimamente su cerebro.

La idea era incoherente otra vez. Nombres de lugares, hechos atroces... Como la vez anterior. No pudo saber si aquello estaba en el aire o venía de algún punto determinado y concreto.

«Omirán... Quardiz... Petróleo... Muertes... Voladura...

Avión...».

Se estremeció, volviendo a sentir miedo, casi terror. Se detuvo, apoyándose en el muro, respiró con fuerza, sintiendo que se había quedado pálida y su piel estaba fría, cubierta por una película tenue de sudor glacial.

—Oh, Dios, no, otra vez... no —jadeó roncamente, cerrando los ojos—. No quiero pensar... no quiero...

Pero pensaba. La idea seguía afluyendo a su mente, martilleándola con rara intensidad:

«Omirán... Quardiz... Petróleo... Muertes... Voladura... Avión...».

—Querida, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

Allí estaba Jenny Scott. Había salido rápidamente de su apartamento y estaba junto a ella, tratando de ayudarla, con gesto alarmado. La tomó por un brazo, la llevó hacia su vivienda con energía.

—Vamos, vamos —rogó—. Te atenderé, Debra. ¿Qué te sucede?

—No es nada... —musitó la joven, dejándose llevar—. Un leve vahído... Creí que me desplomaba... pero ya empiezo a sentirme mejor.

—De todos modos, te daré una copa. Va bien para levantar los ánimos, querida amiga. No me dirás que estás embarazada...

—No, no —rió Debra—. Ni siquiera estoy casada. Sólo es lo que te dije...

Fue introducida en la vivienda de Jenny, que hablaba por los codos mientras le daba una copa de *brandy* y la atendía. Debra casi ni la escuchaba. Seguía hondamente impresionada, preocupada por aquellos pensamientos extraños que la asaltaban, por aquel nuevo hecho de naturaleza sin duda telepática, que venía a confirmar la existencia de poderes extrasensoriales en ella, y que permanecían vigentes incluso ahora, lejos de los escenarios y de las pistas circenses.

Pero si era así, ¿quién, en aquel lugar, no lejos de ella, pensaba en esas cosas horribles y tenebrosas, que ella luego recibía en su mente, como un mensaje nítido aunque incomprensible?

CAPÍTULO IV

Larry Elliot contempló angustiado el paisaje dantesco en la cálida noche africana. Las llamas reflejaron las sombras humanas que corrían por doquier. El tableteo de las armas automáticas era audible en toda la capital de Bokala.

—Esto es como un infierno... —jadeó, viendo caer por las calles a numerosos manifestantes bajo el fuego de las tropas nativas. En otro punto distante, la noche se encendió más aún con la llamarada violenta de una explosión. Se oyeron luego gritos, nuevos disparos a ráfagas.

—¿Qué esperabas encontrar aquí, Elliot? ¿Una fiesta típica con fuegos de artificio y bailes negroides? —se mofó la cínica voz a sus espaldas.

Se volvió, irritado. Miró con ojos entornados y fríos al que hablaba. Nunca le había gustado Lloyd Vaughan. El redactor del *Report Magazine* era un individuo que parecía disfrutar con los hechos sangrientos. Más que un reportero, era un buitro revoloteando siempre sobre noticias macabras y cadáveres.

—Sé lo que iba a encontrar —masculló—. Ese atentado y esas explosiones han conducido a esto. Los terroristas lo sabían. Bastaba prender la chispa y ardería todo el polvorín. Ahora Bokala es una ciudad anárquica, donde agitadores profesionales mueven a las masas, y la dura represión militar hace el resto. Esto justificará sin duda una intervención extranjera en los asuntos internos del país, la ONU hará el imbécil, como siempre, perdiendo su tiempo en discusiones inútiles, y los intereses ajenos y bastardos harán su agosto con la riqueza natural de este país. Es el juego de siempre. Aun así, me da náuseas.

—He leído tus últimos reportajes. Pegas demasiado duro a

mucha gente y a muchos países importantes. Te estás ganando muchos enemigos con tus ideas —le recordó irónico el reportero rival, peinándose con los dedos sus revueltos cabellos rubios.

—Me tiene sin cuidado. Yo no tengo interés en dorar la píldora a nadie, sean rusos, americanos, chinos o europeos. Digo las cosas por su nombre, y caiga quien caiga. No pertenezco a la clase de periodistas que se venden al mejor postor.

El rostro de Vaughan se puso tenso. Sus ojos centellearon.

—¿Estás insinuando que yo hago eso al escribir crónicas ponderadas y no panfletos derrotistas? —Se molestó.

—Estoy afirmando que los periodistas como tú me revuelven el estómago, Vaughan —sostuvo con acritud Larry—. Puede que la gente acomodaticia se lo pase muy bien leyendo tus crónicas, y que los fabricantes de armas, los grandes trusts del acero y los políticos de diverso signo alaben tu buen gusto y tacto, pero a mí toda esa chusma me revienta y prefiero su odio a su simpatía. Seguiré escribiendo lo que veo y lo que adivino, moleste a quien moleste.

—Si oyeras a algunos altos miembros del *Foreign Office* y de las agencias internacionales de prensa hablar de ti y de tus artículos, no estarías tan convencido de estar obrando bien, Elliot. Un día te quitarán de este trabajo porque habrás ido demasiado lejos denunciando cosas.

—Eso no me quitará el sueño. Prefiero no escribir nada a tener que mentir a mis lectores. A eso se le llama honradez, pero no sé por qué te hablo de cosas que tú nunca conociste ni de lejos.

—Estás ofendiéndome, Elliot.

—Claro —rió éste—. ¿Es que acabas de descubrirlo ahora? Si alguien me dijese a mí lo que yo te estoy diciendo ahora, ya le habría partido la cara.

—Es que yo soy un ser civilizado, ésa es la diferencia —replicó altanero su colega y rival, dando media vuelta con aire digno.

—Oh, claro. Civilizado como los terroristas y los que los protegen y encubren, cuando no les pagan y manipulan a su antojo. Si eso es civilización, me quedo con los hombres de las cavernas, Vaughan. Ellos, al menos, mataban cara a cara, en igualdad de condiciones, no como ahora se asesina en esteapestoso mundo.

El reportero rival desapareció de la terraza del hotel desde donde Larry contemplaba los incendios, explosiones y masacres de

la capital de Bokala, aquella siniestra noche de revueltas callejeras, odio y anarquía, resultado inmediato y directo de un atentado y una explosión criminal.

Hizo unas cuantas fotografías con película altamente sensible, sin utilizar para nada el *flash*, dada la crítica situación de aquel lugar, donde cualquier fogonazo podía ser mal interpretado, y luego descendió al *hall* del establecimiento, donde periodistas, diplomáticos y turistas formaban grupos nerviosos y excitados, a la espera de acontecimientos, mientras unas patrullas militares, armadas hasta los dientes, protegían el hotel de cualquier posible intento de agresión por parte de los agitadores.

Se acercó al bar y pidió un *brandy*. Un camarero, negro como el betún, asustado y sombrío, le sirvió con mano insegura. Larry le pagó con moneda americana.

—Gracias, amigo —dijo—. Las cosas se están poniendo feas aquí, ¿verdad?

—Mucho, señor —afirmó el negro—. Si el coronel Ongolo no se hace cargo del poder en breve, esto va a ser un baño de sangre. Él puede frenar la revuelta, volver las cosas a su cauce. Es un militar serio y un buen político, señor.

—Conozco el curso de esta clase de acontecimientos previamente. Seguro que ese coronel llegará al poder un día, y las cosas parecerán arreglarse. Entonces habrá otro acto terrorista que lo complique todo... y vuelta a empezar, hasta que los que manejan los hilos de la trama se hagan con la situación definitivamente. Los amos del terrorismo esperan siempre su ocasión propicia. Siempre, amigo, sea en este país o en otro cualquiera...

Apuró la copa con aire entristecido y se dispuso a levantarse del taburete.

—Otro *brandy*, camarero, por favor. Invita el señor Elliot, ¿no es cierto, querido?

Larry pegó un respingo. Giró la cabeza, atónito. Se quedó de una pieza ante la sonrisa radiante, los verdes ojos, el cabello dorado oscuro, el cuerpo femenino, esbelto y gentil, ataviado con pantalón largo, botas y blusa abotonada.

—¡Tú! —murmuró—. ¿Cómo diablos llegaste hasta aquí, Sada? Está prohibido entrar en el país... e incluso salir de él. Y tú apareces, como la «estrella» de cine en el momento cumbre,

impoluta y resplandeciente...

—Ventajas de tener dinero y saberlo pagar a tiempo —rió ella suavemente—. El hecho es que estoy aquí, en el corazón mismo de la noticia, junto al mejor reportero de las islas británicas y posiblemente de toda Europa.

—Dile eso a Vaughan y verás lo que contesta. Asegura que me estoy labrando mi propia ruina por escribir la verdad.

—Quizás tenga razón. Pero no temas. El día que te despidan, financiaré un periódico para que tú escribas en él como reportero. Quitar a nuestro público el placer de leerte, sería un auténtico crimen para una época como ésta, en que la información fidedigna y honesta debería de ser sagrada.

—¿Bromeas?

—Sabes que no, Elliot —suspiró ella, apoyando una mano en su brazo—. Estoy aquí, y eso prueba que eres mi héroe. Mi libro te tendrá por protagonista. Eso significa algo, ¿no?

—Bueno, tal vez. Pero podría significar que estás encaprichada de mí como hombre, no como periodista.

—También puede ocurrir eso. Pero yo no separo al hombre del periodista, si he de serte sincera. ¿Satisface eso tu ego personal?

—No sé si complacerme o sentirme como un insecto perseguido por un entomólogo obstinado. Empiezas a asustarme, Sada. Encontrarte así, en todas partes, como llovida del cielo...

—No temas —rió ella con buen humor, tomando un sorbo de su *brandy*—. No pienso seducirte... todavía. Hay demasiado ruido en esta ciudad para sentirme romántica o erótica, querido Larry.

—Bueno, creo que eso, por el momento, me tranquiliza —confesó él con cierta ironía—. Ahora, si quieres, sube conmigo a la terraza. Se ve una hermosa vista de este infierno de sangre y fuego...

—Iré, no lo dudes —afirmó ella—. No vas a asustarme por tan poco.

* * *

Aquel domingo por la mañana, mientras un reactor de las líneas aéreas británicas despegaba del aeropuerto de Las Palmas de Gran Canaria, rumbo a Londres, llevando a bordo a personas extranjeras

residentes en Bokala, de regreso a sus países, y entre las que se encontraban los reporteros ingleses Larry Elliot y Lloyd Vaughan, y la millonaria turista Sada Miller, en otro lugar, cerca de Londres, una mujer que jamás antes de entonces había conocido a Larry Elliot ni quizás sabía de su existencia, daba el primer paso para que el destino les hiciera coincidir a ambos, no tardando mucho, en el mismo azaroso camino.

Esa mujer se llamaba Debra Malone y trabajaba en una empresa de las afueras de Birmingham, la Electronic Games Incorporated. Y acababa de escuchar a través de la radio del taxi que la llevaba a la estación para tomar el tren de Londres, una noticia escalofriante, que logró provocar en ella un pánico irrefrenable, casi demencial.

La noticia, en la voz del locutor del boletín informativo de la emisora, fue breve y escueta, dada la urgencia de la misma, acabada de llegar a Londres a través del teletipo:

—Una información de última hora acaba de llegar a nuestra redacción en estos mismos instantes. En el emirato árabe de Omirán, exactamente en su capital, Quardiz, se ha producido una violentísima serie de explosiones que han convertido en una enorme masa de llamas las refinerías y oleoductos petrolíferos de la zona, causando un número de muertos incalculable aún, si bien cifras provisionales hablan ya de más de trescientos cadáveres perdidos entre el pavoroso incendio que asola el lugar. Testigos presenciales afirman que vieron a un avión desconocido, pero que se identificó como un aparato del emirato, sobrevolar la zona y arrojar bombas incendiarias sobre el objetivo. Se cree en un acto de terrorismo realmente bárbaro, encaminado a alterar el equilibrio en tan precaria zona del mundo, y las consecuencias del hecho resultan incalculables ahora, seguiremos informando en sucesivos boletines, a medida que lleguen a nosotros nuevas informaciones.

—Siempre es lo mismo —murmuró el taxista, moviendo la cabeza con aire de circunstancias—. Es el azote del mundo de hoy, señorita. Terrorismo, siempre terrorismo. Esos canallas acabarán haciendo saltar el mundo en pedazos, estoy seguro de ello... Me pregunto, entretanto, qué hacen los gobiernos, qué hacen nuestros dirigentes políticos para detener a esos bárbaros asesinos...

Debra estaba demasiado sobrecogida para responder. Se había quedado repentinamente lívida, sentía temblores en todo su cuerpo,

y un horror sin límite la invadía en estos momentos.

El recuerdo vivo, casi hiriente, de unas ideas, unos pensamientos confusos e incoherentes, llegados a ella dos noches antes, volvió ahora a machacar su cerebro como una pesadilla angustiosa e inexplicable:

«Omirán... Quardiz... Petróleo... Muerte... Voladura... Avión...».

Todo igual. Absolutamente todo. Como la otra vez. Omirán, un emirato árabe. Quardiz, una ciudad. Y la voladura de un centro petrolífero, con la muerte por doquier. Y un avión desconocido, bombardeando la zona...

—Dios mío... Dios mío... —jadeó, demudada, empezando a sentir un pánico sin límites, un espanto que iba más allá de lo racional.

Tal vez por eso se inclinó hacia el taxista, presa de una súbita determinación y le indicó con voz tensa:

—Por favor, cambie de ruta. Vamos a Scotland Yard... El taxista asintió, con un encogimiento de hombros.

—Como quiera —dijo—. Usted paga, señorita...

Y cambió el trayecto del coche, dirigiéndose al centro policial de la ciudad.

Una vez allí, Debra Malone pagó la carrera y bajó del taxi, encaminándose con rapidez a la puerta de entrada al edificio de New Scotland Yard. Se detuvo de repente, asaltada por un temor.

¿Qué iba a decir a la policía ahora? ¿Cómo iba a comenzar su relato y qué sentido iba a darle a sus premoniciones?

No tenía nada sólido en que asentarse. Absolutamente nada. Podía decirles que en dos ocasiones tuvo un presentimiento, y luego eso se cumplió. La policía, sin duda, escucharía con escepticismo sus palabras. La considerarían una excéntrica o una necia. Averiguarían que ella trabajó como vidente y telépata en el circo, y pensarían que se estaba haciendo una publicidad gratuita a costa de una serie de sucesos lamentables y penosos. En cualquier caso, de algo comenzó a estar segura: no la creerían. No creerían una sola palabra de su ridícula historia.

—Buenos días, señorita. ¿Adónde desea ir?

El *policeman* de la entrada, con cortés sonrisa, la estaba preguntando. Le miró distante, aturdida. Dio un paso atrás.

—No, no —rechazó vivamente—. Es igual, gracias. Creo... creo que me equivoqué.

Volveré más tarde...

—Como guste, señorita. Si puedo serle útil en algo...

—No, gracias. Hasta pronto, agente.

Y casi echó a correr, apenas doblada la esquina inmediata. Caminó hacia el río aturdida, confusa. «Hubiera sido un error», pensó. No tenía base alguna en que sentar su hipótesis de que un fenómeno paranormal, bastante frecuente en ella, la había hecho establecer un contacto involuntario con alguien que pensaba determinadas cosas. No eran presentimientos ni premoniciones. Eran pensamientos concretos, formulados en otra mente, que captaba sin apenas advertirlo, dada su capacidad de recepción telepática. Eso era todo. Pero ¿cómo explicárselo a unos agentes de policía escépticos, poco dados a creer en las manifestaciones psíquicas y mentales?

Era mejor así. Hubiera sido estúpido contarles nada a los hombres del Yard, y obtener sólo sonrisas escépticas y palabras amables, en medio de un clima de total incredulidad.

No supo qué hacer. Deambuló por las calles de Londres, en torno al Parlamento y a Westminster, se detuvo en un puesto de periódicos y adquirió un semanario en cuya portada un titular y una escalofriante fotografía atrajo su atención:

LA NOCHE DE SANGRE Y FUEGO DE BOKALA.

TERRORISMO EN AFRICA

Se sentó en un local, pidió un zumo de frutas y se puso a leer aquella publicación, cuyas páginas centrales ofrecían un reportaje gráfico muy amplio de los sucesos del país africano, con un texto vivo y palpitante que narraba los acontecimientos de una trágica noche en la capital de aquel lejano país, así como las consecuencias internacionales, políticas y económicas, que traería consigo el acto terrorista allí llevado a cabo.

Miró por simple curiosidad la firma del reportero: «Un reportaje gráfico y literario de nuestro enviado especial a Bokala, Lawrence Elliot».

Se preguntó si un hombre así, como aquel periodista, que había

vivido directamente el drama, sería capaz de creerla, de escuchar sus palabras. Porque eso sí, estaba tan acongojada que tenía que hablarle a alguien de todo aquello, sincerarse con una persona que no la escuchara con una sonrisa de conmiseración y de burla.

¿Podría ser Elliot esa persona? ¿Estaría en Londres ahora, tras publicar aquel reportaje espeluznante? Buscó en la publicación los datos relativos a sus oficinas de redacción y administración. Los halló en la penúltima página.

Con grata sorpresa, comprobó que estaba muy cerca de allí, en la propia City of Westminster, entre Saint James Park y la estación Victoria. Rápidamente, se puso en pie, puso la revista bajo el brazo y echó a andar decidida hacia esa dirección.

Una corta calle cercana al propia Scotland Yard le mostró un viejo edificio de ladrillos rojos, puramente Victoriano, con esa pátina de vejez tan característica de los edificios londinenses, sobre cuyas ventanas de la primera planta se leía un cartel bien visible:

WORLDNEWS

Redacción y Administración

Tras una última y leve vacilación, echó a andar cruzando la calle hacia la entrada del edificio.

En ese momento, una furgoneta comercial, a excesiva velocidad para circular por aquella vieja zona de Londres, dobló la esquina inmediata y se precipitó sobre ella irremisiblemente.

Debra vio venir hacia ella, cuando se encontraba en mitad de la calzada, al vehículo excesivamente rápido, sin posibilidad alguna de eludir el atropello. Gritó, asustada, inmovilizándose.

—¡Cuidado! —gritó alguien, cerca de ella.

Se sintió lanzada con violencia hacia la acera opuesta, cuyo bordillo saltó a trompicones, yendo a caer de bruces en el asfalto. La furgoneta rugió con fuerza, rozándola con sus guardabarros, antes de perderse en otra calle con un rápido viraje, sin detenerse siquiera a justificar su imprudencia.

Debra advirtió borrosamente que alguien corría hacia ella con larga zancada, y una sombra se inclinaba, apoyándose dos fuertes manos vigorosas en sus hombros, para ayudarla a incorporarse.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una voz preocupada.

—Sí, creo que sí —suspiró la joven, contemplando sus arruinadas medias, desgarradas en las rodillas, y poniéndose en pie con ayuda del desconocido—. Si no me he roto algo al caer, creo que estoy perfectamente...

—Que yo advierta, sólo sus medias han sufrido daños —sonrió ante ella un rostro jovial y varonil, con simpatía—. Y eso es poca cosa para lo que pudo haberle sucedido. Hay tanto loco suelto, sentado al volante de un coche por esas calles...

—Ese hombre tenía que estar ciego para no verme y tomar así la curva de la calle —se quejó Debra, caminando sin dificultades, aunque uno de los tacones se resentía. Se apoyó en la pared y murmuró—: Sí, ahora veo que estoy bien del todo... Gracias. Creo que le debo la vida.

—Bueno, tal vez exagere y sólo me deba haberse librado de alguna fractura y unas semanas de hospital, señorita —rió de buen humor el joven desconocido.

—No, no —negó ella—. Creo que de haberme arrollado ese coche... hubiera muerto.

—Bueno, olvide eso. Lo importante es que no sucedió. Se ha quedado algo pálida. Venga conmigo, por favor. No hay ningún *pub* por aquí, pero en el vestíbulo de este edificio existe un pequeño bar. Nada importante. Sin embargo, suficiente para tomar algo que le entone a uno. Venga conmigo, se lo ruego... Ah, perdió su periódico...

Tomó del suelo la revista, sucia de barro, sobre la cual había pasado uno de los neumáticos de la furgoneta. El la contempló, gratamente sorprendido.

—Vaya, la felicito. Tiene usted buen gusto como lectora —comentó risueño—. Está leyendo la publicación donde yo trabajo.

—¿De veras? —Le miró, interesada—. ¿Trabaja usted aquí?

—Claro. Por eso puedo invitarla a tomar algo en nuestro bar. Entre, se lo ruego. Una lectora del *Worldnews* se lo merece todo.

Le siguió de buen grado al interior del viejo edificio, en cuyo amplio, destartalado vestíbulo, se veía a mano derecha una puerta vidriera que conducía a un pequeño bar de uso particular para los empleados del semanario. Tenía un corto mostrador y tres o cuatro mesitas arrinconadas. Varios de los presentes allí, miraron con envidia al recién llegado y a su pareja.

—¡Vaya, qué suerte tienes! —Ponderó uno—. ¿Dónde encontraste a esa preciosidad?

—Eh, callaos todos —cortó el salvador de Debra Malone—. No es lo que pensáis. Se trata de una joven que sufrió un accidente justo ante la redacción... Eh, tú, Joe, sírvenos dos *brandys*, por favor.

—Enseguida —respondió el barman.

Hizo sentar a la joven en una mesita, y se acomodó frente a ella. Debra miró en torno con curiosidad. Él había puesto el ejemplar del *Worldnews* sobre la mesa. Contemplaba distraído el dibujo en ondulaciones del neumático, sobre el papel de la cubierta satinada, mostrando una muesca en forma de v donde la goma se había desgastado o roto. Pero era obvio que no veía nada y sólo estaba meditando.

El *brandy* la hizo sentir mejor cuando tomó un sorbo. Suspiró, en tanto él se apuraba la copa de un trago.

—Creo que me asusté más que usted —confesó él como disculpa. La miró, curioso—. De modo que lee usted el *Worldnews*.

—Así es. No es casual que estuviera ante este edificio ahora.

—¿Ah, no? —Su interlocutor enarcó las cejas, interesado.

—Claro que no. Vine en busca de alguien para contarle algo horrible, algo que pensé previamente referirlo a la policía, pero imaginé que no iban a prestarme el menor crédito y se me ocurrió la idea de buscar a la persona capaz de creerme.

—Ya. ¿Y qué persona es ésa, si puedo saberlo?

—Alguien de este periódico, señor.

—¿Quién? Conozco a todos los que trabajan aquí.

—El... él se llama... Lawrence Elliot —dijo tímidamente la joven.

Su interlocutor se quedó pensativo. Enarcó las cejas y mantuvo su mirada fija en ella.

—Larry Elliot —murmuró.

—¿Le conoce también a él?

—Oh, claro —asintió—. Mejor que a nadie. ¿Por qué le busca?

—Porque... ya se lo he dicho. Debo sincerarme con alguien o me volveré loca. Imaginé que él sí podría creerme.

—¿Tan difícil de admitir es lo que tiene que contarle?

—Mucho. Se relaciona con... con el terrorismo de estos días.

—¿De veras? —Él se mostró ahora más interesado y se inclinó hacia ella—. ¿No puedo saber yo de qué se trata? Después de todo, casi somos amigos...

—Oh, no sé... —sonrió Debra, confusa—. Tal vez no me crea una palabra.

—Inténtelo. Luego haremos que se entere Elliot de esto.

—¿Está en Londres ahora?

—En efecto, está en Londres. Volvió de África ayer. ¿Qué es lo que le sucede a usted, exactamente?

—Verá, no es fácil de contar... y menos aún de admitir. Pero lo cierto es que yo me entero de los hechos terroristas *antes* de que sucedan, y sé dónde van a ocurrir y cómo.

—¡Cielos! —Él pegó un respingo, mirándola asombrado—. ¿Está segura de eso?

—Totalmente, sí. Me ha ocurrido con lo de Bokala, con Santa Ana, con el emirato de Omirán...

—¿Y por qué no avisó a alguien para evitarlo?

—Porque ni yo misma sabía entonces eso. Además, ¿quién me hubiera creído?

—Sí, posiblemente tenga razón. ¿Cómo se entera de ello?

—No lo sé. He sido telépata en el circo antes de trabajar donde ahora trabajo. Poseo ciertas facultades extrasensoriales. Puedo captar pensamientos ajenos, establecer un contacto mental con determinadas personas...

—Asombroso.

—¿No me cree? —se alarmó Debra, abriendo sus ojos inquietos.

—Claro que la creo. Sé lo que es la telepatía, señorita. Pero ignoraba que eso ayudase a presentir sucesos terroristas, la verdad.

—Yo no creo que fuesen presentimientos.

—¿Qué, entonces?

—Debieron ser pensamientos ajenos que yo recogí. Ideas que captó mi mente sin desearlo. Un fenómeno típicamente telepático y nada más.

—Un momento. ¿Puede ahora mismo detectar algunos de esos pensamientos? ¿Alguna idea, por vaga que sea, sobre otro hecho terrorista?

—No, ninguno —suspiró ella, moviendo la cabeza con desaliento—. Ahora, no.

—Ya —él se echó atrás en el asiento, algo escéptico—. Hubiera sido demasiada suerte, imagino.

—No se burle de mí. En Londres no me ha sucedido aún. Fue... fue donde trabajo. Allí me ha ocurrido las dos veces.

—¿Y dónde trabaja?

—Fuera de Londres, en una empresa electrónica. He pensado que... no sé, tal vez allí alguien pensó eso... y me lo transmitió involuntariamente.

—Es un verdadero fenómeno. ¿Cuándo cree que puede repetirse la experiencia?

—Eso no puedo saberlo. Ocurre de repente. De forma súbita, inexplicable. Y me produce una gran tensión, una crisis nerviosa y psíquica, me agota... Es como me sucedía en el circo, al adivinar el pensamiento ajeno... pero todavía más inquietante, porque yo ni siquiera lo pretendo...

—En fin, deberemos esperar a una de esas ocasiones. Entonces, póngase en contacto conmigo, señorita...

—Malone. Debra Malone —ella le miró, temerosa, comprendiendo el escepticismo que en el fondo anidaba en su interlocutor al respecto—. ¿Podría... podría usted presentarme a su compañero, el señor Elliot?

—No hace falta —sonrió él vagamente, alargando su mano sobre la mesa—. Yo soy Larry Elliot en persona.

—¡Usted! —se asombró ella, estrechando aquella mano—. Qué casualidad...

Se quedó mirándole mientras apretaba su mano. Los ojos de él eran risueños, tal vez amistosos, pero nada más. No debió tomarse totalmente en serio su historia. Debra hizo en ese punto un esfuerzo. Sin soltar la mano del reportero, le miró directamente a los ojos.

—Hace poco tiempo que telefoneó a esa chica, ¿verdad? A Belinda... Rubia, grandes senos, provocativa...

Larry pegó un respingo. La miró asombrado.

—¿Cómo diablos sabe...? —comenzó.

—Si la va a ver esta tarde, irritará a su fiel admiradora... ¿Cuál es su nombre? Ah, sí...

Sada... Sada M... ¿Miller acaso?

—Oiga, eso no es telepatía. Es brujería...

—Guárdese de su colega Vaughan. Sí, es Vaughan... Le odia y le envidia. Es todo lo que puedo ver. Sigue pensando en los senos de una rubia espectacular... Belinda. Su teléfono empieza por 37...

—¡Increíble! —resopló Larry—. ¿Está demostrándome sus facultades, señorita Malone?

Es todo ello cierto y bien cierto... Me ha dejado atónito.

—Sólo quería demostrarle que no es tan difícil leer el pensamiento ajeno. Pero esta vez yo pretendí hacerlo. Lo otro... es distinto. Y me da miedo... De todos modos, gracias por escucharme, señor Elliot. Y gracias por su ayuda.

Se puso en pie, encaminándose a la salida. El corrió tras ella, alcanzándola ya en el vestíbulo.

—Espere un momento —dijo—. No puede irse así. Me ha convencido totalmente. ¿Por qué no sube a mi oficina y charlamos ampliamente de todo ello? Si está captando los pensamientos de alguien, es evidente que se trata de una persona demasiado bien informada. No podemos dejar pasar esta oportunidad de anticiparnos a un posible acto terrorista... pero sobre todo, de encontrar a esa persona que *sabe* lo que va a ocurrir y se lo transmite a usted de modo involuntario.

—Eso podría ser sumamente peligroso... —murmuró ella, alarmada.

—Adoro el peligro. Pero trataré de que usted no corra ninguno, señorita Malone. Vaya a su trabajo de nuevo, y trate de pensar, de captar algún pensamiento semejante. En cuanto lo haya logrado, comuníquese conmigo por teléfono y dígame lo que captó. ¿Qué le parece la idea?

—Bien, pero... el lugar donde trabajo es un poco especial. Ignoro si pueden escuchar una llamada al exterior...

—Vamos arriba y cuénteme detalles de ese lugar y de su gente. Creo que empiezo a estar tremendamente interesado en todo ello, amiga mía. Hizo muy bien en venir a verme. Tal vez me proporcione la primera pista sobre algo demasiado grande para ser imaginado.

La tomó del brazo afectuosamente, y la condujo escaleras arriba, a la redacción del periódico, encerrándose con ella en su propio despacho.

CAPÍTULO V

Debra se sentía más tranquila aquella noche, mientras el tren la llevaba de regreso a Birmingham, desde donde un autobús la llevaría hasta la factoría o sus inmediaciones antes de la hora fijada para regresar los trabajadores que tenían su día libre.

La larga entrevista con Larry Elliot, había sido fructífera y esperanzadora. Ahora sí había alguien que creía en ella y admitía su palabra. El joven periodista la había dado una tarjeta con su teléfono particular y el del periódico, para que comunicase con él en cuanto supiera algo.

Pero sin saber la razón, cuando penetró en el recinto de la empresa y las puertas metálicas se cerraron tras ella, volvió a experimentar aquella angustiosa sensación de aislamiento, de soledad, de inquietud y desasosiego. Se preguntó, estremecida, si sería tan fácil salir de allí en un momento dado, antes de su día de descanso semanal. Se cruzó con otros empleados que volvían del domingo fuera de trabajo, y se saludaron todos alegremente, como en cualquier otra empresa similar. Algo, sin embargo, le decía interiormente a Debra que aquella no era como las demás, que había algo oscuro y tal vez siniestro en aquel recinto dedicado a fabricar algo tan inofensivo como simples video juegos.

Cuando entró en su alojamiento, dirigió una mirada al apartamento de su amiga y compañera Jenny Scott. Vio las luces apagadas. Ningún ruido salía de él, de modo que imaginó que dormía, y se desvistió, tomando una ducha tibia antes de acostarse, relajada. Pensó en Elliot con los ojos abiertos, tendida boca arriba en el lecho.

Era un joven interesante, pensó. Guapo, arrogante, simpático, avasalladoramente atractivo. Además, era sagaz y decidido.

Irradiaba audacia por todos sus poros. Lo peor que tenía era que le gustaban las rubias espectaculares, con grandes pechos. Ella no tenía nada de eso. Sonrió, moviendo la cabeza.

«¡Qué tontería! —se dijo—. Es un periodista, vive una vida distinta a la mía. Conoce gente hermosa y rica, como esa tal Sada Miller que le sigue por doquier... No debo pensar en él como un posible enamorado. Es un sueño estúpido. Sólo deseo que me ayude, que sea mi amigo, tener confianza en él, saber que me ayudará si le necesito...».

Se quedó dormida con ese pensamiento agradablemente fijo en su mente. Tuvo un descanso profundo y relajado y se sintió muy fresca y animosa al día siguiente.

Acudió puntualmente al trabajo en la factoría, llevando a cabo su labor habitual, ya fuese en la máquina electrónica de escribir y calcular, ya en una terminal de computadora, archivando datos de la empresa. Se sorprendió al ver vacío el asiento de Jenny Scott en la planta alta, donde se hallaban las programadoras, tras una larga vidriera.

A la hora del almuerzo, tampoco vio a Jenny por parte alguna. Intrigada, preguntó a una compañera por ella. No supo qué decirle. Tampoco ellas la habían visto, y atribuían el hecho a una ausencia excesivamente prolongada, un lunes antirreglamentariamente perdido. Otra dijo que, según creía, este domingo Jenny no hacía fiesta. Pero lo cierto es que nadie sabía nada de ella.

Pensó en ir a verla cuando terminase el trabajo. No hizo falta. Herta von Klein la llamó a su despacho cuando se reintegraba a su turno de tarde. Debra acudió, encontrando a la alemana con expresión algo dura y ensombrecida.

—La he hecho llamar para comunicarle una mala noticia —dijo brevemente como recibimiento.

—¿Mala noticia? —se alarmó Debra—. ¿Qué es lo que sucede, señorita Von Klein?

—Su compañera de trabajo y vecina de apartamento, Jenny Scott... ha sufrido un desgraciado accidente ayer por la tarde.

—¡Un accidente! —Se asustó Debra—. Dios mío, ¿es grave?

—Fue muy grave. Tanto, que lo mantuvimos en silencio hasta ahora mismo, esperando que se recuperase de sus heridas en nuestro centro hospitalario. Desgraciadamente, no pudo superar

una crisis cardíaca que complicó las cosas. Ha fallecido hace solamente una hora, señorita Malone.

* * *

Fue un rudo golpe para Debra.

Pidió ver a su amiga una vez cumplida la jornada laboral. Así le fue concedido, y otro automóvil la condujo, siempre por corredores subterráneos, hasta un centro médico muy completo, edificado dentro de la factoría, donde pudo ver el cadáver de Jenny Scott en un frigorífico del depósito. Mostraba numerosas señales de heridas en cuerpo y rostro, pero no estaba desfigurada. Su céreo rostro reflejaba ahora una paz infinita, pero algo le decía a Debra que debió morir víctima de horribles sufrimientos. Había algo en aquella apacible máscara humana de ahora, fría e inanimada, que no era natural. Como si un artificio hubiese pretendido dar a la difunta un aire de sosiego que no existió en su agonía.

—Dios mío, mi pobre amiga... —susurró, contemplándola con el llanto cuajado en sus ojos. ¿Por qué, por qué tuvo que ocurrirte esto?

Una enfermera la hizo salir con amable insistencia, y un médico la devolvió al coche que, de nuevo, por pasillos iluminados con fríos tubos fluorescentes, la llevó de regreso a la edificación hexagonal dedicada a viviendas.

Debra, decidida, buscó en la lista de alojadas el nombre Herta von Klein. Lo halló: segunda planta, puerta B-23.

Fue directamente allí y llamó. Cuando le abrieron, el rostro de la alemana reveló su fría e incómoda hostilidad.

—Qué sorpresa, señorita Malone —dijo con voz grave—. ¿A qué debo esta visita a hora tan avanzada?

—Perdone, señorita Von Klein. Vengo del centro hospitalario.

—Ah, comprendo —se hizo a un lado—. Pase, por favor.

La hizo entrar a su apartamento. En el televisor se exhibía una película en video. La alemana cortó la conexión y se apagó la pantalla. Debra observó que había dos copas sobre una mesita, ante el televisor. Ella las retiró de inmediato.

—Tuve otra visita antes —explicó, volviendo con una leve

sonrisa—. ¿Toma algo, señorita Malone? ¿Café, algún licor...?

—No, gracias. No bebo. No me apetece nada. Quería hablarle de Jenny Scott.

—Hay poco que explicar. Ella sí bebía. Tal vez demasiado. Por eso ocurrió el accidente.

—¿Qué clase de accidente? ¿En domingo?

—Ella trabajaba los domingos, señorita Malone. Al menos, muchos domingos en que no tenía propósito de salir. Estuvo trabajando en la planta alta, en las centrales de los computadores. Sufrió una caída por la barandilla al patio interior de la zona. Destrozó la vidriera al caer, y sufrió lesiones muy graves, de las que ha fallecido, pese a todos los cuidados, al complicársela con la crisis cardíaca, eso es todo. Créame que lo lamento tanto como usted.

—¿No han notificado nada a su familia?

—No tenía familia. Se la enterrará en nuestro pequeño cementerio privado, aquí dentro. Eso será mañana por la tarde. Se interrumpirá el trabajo durante una hora para que todos asistan. Eso es todo, señorita Malone.

—¿Es que aquí dentro hay de todo, incluso cementerio? —se excitó ella—. ¿No es necesario salir de aquí para vivir o para morir?

—Señorita Malone, todo el mundo aquí es libre de salir cuando quiera —cortó con frialdad la alemana—. Usted misma, si así lo desea, mañana mismo puede marcharse, para no volver. Le bastará con darse de baja y devolver el dinero percibido. No se obliga a nadie a permanecer aquí dentro, recuérdelo bien. Es una empresa, no un campo de concentración.

—Pues bien mirado, nadie lo diría, señorita Von Klein —estalló Debra, irritada, saliendo del apartamento y dando un portazo seco tras de sí.

La alemana se quedó pensativa, la mirada fija en el televisor. Lo conectó de nuevo. Era una película de acción y violencia. La puerta de una habitación vecina se abrió. Apareció en el umbral Brian Hawthorne, gerente de la Electronic Games Incorporated. Ambos se miraron en silencio.

—¿Y bien? —preguntó la alemana—. ¿Qué te ha parecido esa chica?

—Está excitada. Pero no me gusta lo que dice.

—A mí tampoco. Y menos, después de lo que hizo en Londres.

¿Por qué tuvo que ir a Scotland Yard? ¿Por qué a ese periódico semanal?

—Hubiera sido mejor que Jeff la hubiera aplastado con la furgoneta —dijo Hawthorne, pensativo.

—Pero no lo hizo —dijo fríamente la alemana—. Falló en tomar decisiones propias precipitadas, y falló en llevarlas a buen fin. Ella sigue viva... y no le ha gustado nada la muerte de su amiga.

—Vigilaremos de cerca a esa jovencita —sonrió Hawthorne, yendo hacia la alemana y rodeándole los hombros con un brazo, mientras hundía su otra mano bajo la blusa de ella, y estrujaba con sus dedos los pechos de la mujer. Herta gimió, derritiéndose apresuradamente su hielo, para convertirse en una hembra de fuego bajo las lascivas caricias del macho.

—Brian, amor... —susurró, entreabriendo sus labios ardorosos.

Y se enroscó a él, jadeante, ávida, estremecida de deseos. Ninguno de ellos hizo el menor caso del film del video, ocupados afanosamente en, liberarse de sus prendas y caer juntos en el sofá en un estallido de voluptuosa pasión.

* * *

Debra se llevó la segunda sorpresa de aquella ingrata noche cuando estuvo ya en su apartamento y se disponía a acostarse, todavía exaltada y furiosa tras su breve entrevista con Herta von Klein.

Fue al abrir el azucarero para servirse un café con mano temblorosa. Apenas hundió la cucharilla en el azúcar, emergió el papel enrollado entre ésta. Perpleja, se olvidó del café y extrajo el rollito de papel, sujeto con una tira adhesiva.

Enarcó las cejas, sin entender nada. Estaba segura de que el sábado no había allí papel alguno. Arrancó la tira de papel engomado y desenrolló el pliego.

Se encontró con un texto escrito en rotulador, que la hizo pestañear, atónita. Pero también amedrentada.

NECESITO AYUDA. SI CUANDO VUELVAS ESTOY MUERTA,
TRATA DE COMUNICAR CON EL NUMERO TELEFONICO DE

LONDRES QUE TE DOY AQUI. ES MUY URGENTE Y GRAVE.
CREO QUE VAN A MATARME. DILES SÓLO ESTO Y CUELGA.
ELLOS SABRAN DE QUE SE TRATA. NO TE MEZCLES EN
NADA. ES MUY PELIGROSO. TU AMIGA,
JENNY

El horror la paralizó por unos momentos. Releyó, incrédula, aquel texto. Lamentó que sus facultades extrasensoriales no hubieran sido útiles para salvar una vida humana. Ahora sabía a ciencia cierta algo que había intuido ya subconscientemente, aunque negándose a admitirlo como cierto.

Jenny Scott había sido asesinada aquel domingo, mientras ella estaba ausente, en Londres.

¡Asesinada!

Alo le provocó un escalofrío. Recordó una furgoneta saliendo de una calle, inesperadamente, lanzándose sobre ella para arrollarla. Si ahora, ella hubiera estado muerta, ¿qué pensaría nadie, salvo en un desgraciado accidente por culpa de un conductor imprudente que se dio a la fuga?

Eso sucedía *después* de visitar ella Scotland Yard...

Y antes de entrar en el *Worldnews*. ¿Sabían *ellos* también esto?

—Dios mío, mis temores eran ciertos... —gimió, estrujando el papel entre sus dedos—. Esto es una especie de prisión... Quién sabe demasiado no sale de aquí nunca. Pero ¿qué hizo Jenny, qué sabía ella para ser eliminada? ¿Quién era esa mujer, exactamente?

Eso ya nunca lo sabría posiblemente. Sollozando, se dejó caer en un asiento. Luego secó sus lágrimas y se puso en pie, decidida, animosa. Tenía que salir de allí. Tenía que hacerlo, fuera como fuese, para llamar a ese número de teléfono de Londres, el que apuntara allí Jenny... y llamar también a Larry Elliot.

Necesitaba ayuda. Tal vez, incluso, necesitaba *huir* de allí. Empezaba a tener auténtico miedo, un terror inconcreto a todo cuanto la rodeaba.

Ahora comprendía que, si era vigilada, su visita a Herta von Klein la haría aparecer como sospechosa. Tal vez había sido un error, pero ¿cómo podía ella entonces saber que algo siniestro y horrible se ocultaba en aquella empresa aparentemente normal?

Debra se tomó dos calmantes, tratando de razonar serenamente

después. Si pedía salir, tendría que ser con un buen pretexto. Ni siquiera en sueños podría utilizar el teléfono de la factoría para hacer sus llamadas. Allí, todo estaría intervenido. Era un mundo donde la electrónica permitiría a sus ocupantes tenerlo todo controlado minuciosamente.

Asomó a la terraza sin encender la luz, clavó sus ojos en la ventana oscura del apartamento de la pobre Jenny. Luego, deslizó la mirada hasta la luz de la ventana de Herta von Klein. Se mantuvo fija allí, abstraída, concentrada su mente en algo...

Le llegaron oleadas de pensamientos ajenos, procedentes de algún otro cerebro. Se esforzó por captarlos, puso toda su voluntad en ello, como hacía en el circo cuando pretendía asombrar a su público...

Sorprendida, captó extraños pensamientos lúbricos.

Deseo... posesión... lujuria... Cuerpos desnudos, viciosa pasión carnal... Una fría mujer convertida en volcán voluptuoso... Un hombre posesivo, rudo, astuto...

Y, como fragmentos dispersos de un rompecabezas, como piezas sueltas de un *puzzle*, unos pensamientos horribles, algo nuevo y atroz, entremezclado con esos sentimientos sensuales...

«París-Londres... París-Londres... Vuelo

XA-3...

Paz mundial... terror, muerte, catástrofe...».

—¡Dios mío, no! —gimió aterrada, regresando al interior de su apartamento, sobrecogida nuevamente por aquella agotadora sensación de tensión, nerviosismo y crisis—. ¡Otra vez...! ¡Otra vez ha ocurrido! ¡Tiene que saberlo Elliot, tiene que saberlo...!

Pero esta noche, nada podía hacer. Era imposible salir del recinto, una vez cerrado. Aunque lo solicitara urgentemente, a riesgo de descubrirse, tendría que esperar al nuevo día... si es que alguna vez le permitían abandonar aquel lugar de pesadilla.

Atenazada por el miedo y la angustia, se debatió con sus propios pensamientos, miró largamente el silencioso teléfono sobre la mesita, que en modo alguno podía utilizar, ya que ello significaría su propio fin allí dentro, y posiblemente a cambio de nada, porque sería desconectado el aparato antes de que pudiera comunicar con el exterior.

Sin embargo, supo que tenía que hacerlo, costara lo que costase.

Miró el papel de Jenny nuevamente. Memorizó el número telefónico de Londres y después destruyó el papel, convirtiéndolo en cenizas antes de arrojarlo al triturador de basuras. De inmediato, con un gran valor y decisión, descolgó el teléfono.

—Si desea línea directa con el exterior, marque el 003 —dijo una voz monocorde, sin duda grabada.

Se armó de valor. Tal vez no serviría de nada, pero iba a intentarlo. La aña-gaza era infantil, pero podía resultar.

Marcó el número. Esperó, oyendo la señal de llamada al otro extremo del hilo. El corazón le palpitaba agitadamente.

Descolgaron. Una voz femenina habló con acento perfectamente normal y rutinario:

—Hotel Internacional —dijo—. ¿Con quién quiere hablar, por favor?

Debra se quedó algo desconcertada. No esperaba eso. Un hotel no tenía sentido en aquel juego. Jenny no le pediría algo así antes de morir, sabiéndose amenazada.

—Hotel Internacional, por favor —insistió la voz—. ¿Quién llama?

Debra se aventuró, apretando con fuerza el teléfono:

—Verá, me llamo Debra Malone y llamo a mi tía Agatha. Agatha Malone, sí. Se aloja ahí desde ayer. Acaba de morir una amiga mía, una tal Jenny Scott, en la empresa donde trabajo, y necesito hablar con mi tía cuanto antes, porque me siento muy abatida. Le ruego que me comunique con ella...

—Un momento —la voz de la telefonista no parecía nada sorprendida—. No se retire, intentaré comunicarla con la señorita Agatha Malone.

Tras una espera tensa, la telefonista volvió a hablar:

—Lo siento, señorita Malone. No está ahora en el hotel. Si desea hablar con ella en otra ocasión, ocupa la habitación 133... Le diré lo que me ha comunicado, de todos modos.

—Sí, gracias —Debra respiró hondo. Ahora entendía. Aquello era una clave. Supo que no estaba hablando con ningún hotel—. Hágalo, se lo ruego. Llamaré mañana.

Y colgó, con el corazón a punto de salirse del pecho. Ahora, en Londres, *alguien* sabía que Jenny Scott estaba muerta. Tal vez eso es lo que importaba.

Tras una indecisión, tomó de nuevo el teléfono. Llamó al número particular de Larry Elliot. Nadie descolgó, pese a las insistentes llamadas. Luego, probó con el del periódico. Alguien atendió:

—Keith Davies, redactor jefe del *Worldnews* —habló—. ¿Quién llama?

—Soy una amiga del señor Elliot, Debra Malone. Necesito hablar urgente con él.

—Lo siento, señorita Malone —respondió el redactor jefe—. El señor Elliot ha salido hoy mismo, a mediodía, rumbo al emirato árabe de Omirán para cubrir una corresponsalía urgente. Tardará unos días en volver. ¿Le digo algo de su parte si comunica conmigo desde el Golfo Pérsico?

—No, nada. Ya importa poco —dijo ella, desolada—. Sería demasiado tarde cuando se enterase de lo que debo decirle... Gracias de todos modos.

Colgó, abatida. Esta vez, su última esperanza se había difuminado. Larry Elliot había ido a cubrir otro de sus famosos reportajes sobre terrorismo internacional. Y no podría saber con tiempo suficiente algo relacionado con un vuelo

XA-3,

París-Londres, la paz mundial... y el terror, la muerte y una catástrofe.

—Dios mío, ¿qué hacer? —gimió, llevándose las manos al rostro—. Nunca podré decir esto a nadie y que me crea. La única persona que puede creerme no está en Inglaterra, está demasiado lejos... y cuando vuelva ya será tarde, muy tarde... incluso quizás para mí.

Sintió ganas de llorar y se acostó, exasperada, rompiendo en amargo llanto.

Su terror y aprensión hubieran sido mayores si, en aquellos momentos, hubiera podido escuchar a Brian Hawthorne y Herta von Klein, en el apartamento del piso superior, mientras se vestían lentamente ambos, y él acababa de colgar el teléfono, tras recibir una llamada y escuchar toda una grabación magnetofónica.

—Ya habrás advertido que nuestra nueva empleada se torna más y más peligrosa por momentos —señaló ella.

—Sí, he podido darme cuenta. Su llamada a ese hotel, para hablar con su pariente, no tiene la menor importancia, aunque

nombró a Jenny Scott y eso puede ser mala cosa. Lo peor es que quiere comunicar con ese semanario por alguna causa grave. Eso me preocupa. No quiero a periodistas aquí, y menos a un reportero especializado en asuntos de terrorismo.

—Pero ella no puede saber...

—Eso lo ignoramos, querida —cortó Hawthorne, tajante—. Recuerda: Jenny Scott era una mujer aparentemente vulgar, y sin embargo resultó ser un astuto y hábil miembro del Intelligence Service, infiltrado aquí. Esa chica tal vez no llegue a tanto, pero está empezando a resultar incómoda.

—Podríamos tomar una decisión respecto a ella.

—Creí que censurabas a Cliff haber intentado asesinarla con la furgoneta, después de pretender esa chica entrar en Scotland Yard...

—No quiero correr riesgos. Ni que este negocio se hunda. Vete pensando algo, Brian.

Mañana debe desaparecer de alguna forma esa muchacha.

—Antes la interrogaremos, como hicimos con Jenny Scott —rió el gerente de la Electronic Games Incorporated—. Puede que nos revele alguna cosa interesante, antes de irse al otro mundo.

—Eso es asunto tuyo. Tú eres quien maneja este negocio, no yo. Pero librémonos de esa chica. Presiento que no puede traernos nada bueno.

—Descuida, cariño —la besó voluptuosamente, y ella gimió de nuevo—. Me ocuparé personalmente de ello. No tienes nada que temer.

Y salió del apartamento, con una sonrisa sardónica en sus labios.

CAPÍTULO VI

Debra despertó bruscamente con la sensación de que algo extraño había sucedido durante su sueño. Tenía una ligera noción confusa de que en un momento dado estuvo a punto de despertar y una rara presión en su rostro y pecho lo impidieron, para sumirse de inmediato en un sopor dulzón y pesado.

Ahora, el despertar era también torpe, como si algo la embriagase y dejara su boca reseca y su olfato lleno de un olor viscoso y adormecedor. Dominó todo eso lo mejor posible, abrió los ojos y miró en torno, esperando ver su cama, la alcoba y la ventana asomada al patio.

No encontró nada de eso. Unos fríos muros tersos, metálicos, inexpugnables, la rodeaban por doquier. Una cruda luz vertical caía sobre ella, envolviéndola en un resplandor helado y cegador.

—¡Dios mío! —gritó, incorporándose—. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha sucedido?

Era como verse sumida en una pesadilla. Pero aquello no era un sueño, sino algo muy real. Estaba totalmente despierta, y se encontraba encerrada entre cuatro paredes metálicas, desprovistas de abertura alguna, con el solo mueble de una fría mesa de metal y superficie de espuma, donde había despertado, bajo un proyector de luz blanca cegadora.

Golpeó en vano los muros, caminando descalza por aquel recinto, cubierto su cuerpo solamente por el minúsculo *slip* y el breve sujetador, que dejaban casi desnudas sus formas jóvenes y bien torneadas. Sus uñas se clavaron contra el metal, astillándose impotentes.

—No es posible... ¡no es posible! —gimió—. ¿Por qué me han encerrado aquí, por qué?

¡Quiero salir, quiero salir!

Era en vano. Gritos y golpes se ahogaban en aquel recinto frío y obsesivo, sin que nadie acudiera en su ayuda. Exasperada, cayó de rodillas, rompiendo en sollozos.

—Voy a morir... —sollozó—. Voy a morir... como murió Jenny Scott...

De alguna parte, tras aquellos muros inescrutables, le llegó una voz fría impersonal, interrogándola con tono metálico, duro y amenazador:

—¿Qué es lo que sabes? ¿Por qué fuiste a la policía en Londres? ¿Qué pretendías decirle a tu amigo periodista? Habla, Debra Malone. Habla, y no tendrás nada que temer.

Miró enloquecida a todas partes. Tuvo la seguridad de que invisibles ojos electrónicos captaban su imagen y que otros no menos invisibles micrófonos llevaban su voz a oídos de alguien situado fuera de aquel recinto.

—¡No sé nada de nada! ¡Sólo quiero ser libre! ¡Sáquenme de aquí! ¡Esto es un delito, nadie puede ser retenido contra su propia voluntad!

—Te repito que nada tienes que temer —insistió la fría voz llegada de lo desconocido—. Pero sincérate, cuéntame todo... o nunca saldrás de ahí. Está en tu mano escoger el camino, ser nuevamente libre. Sólo queremos saber por qué llamaste esta noche a Larry Elliot, qué es lo que tenías que contarle, y qué le contaste el domingo en Londres. Refiere todo eso, y podrás volver a tu cama a descansar. Aquí nadie desea hacerte daño...

—¡Mienten! —chilló ella, frenética, olvidándose de su autocontrol—. ¡Me matarán como mataron a Jenny Scott!

Un profundo silencio reinó en la cámara. La voz tardó en responder, y cuando lo hizo su entonación distaba mucho de ser tranquilizadora:

—De modo que lo sabes... Si sabes eso, sabes otras muchas cosas, Debra Malone.

¿Quién eres tú, realmente? ¿Por qué estás aquí? ¿Acaso eres otra agente secreta, como Jenny Scott?

—Agente secreta... —repitió la joven, despavorida—, Dios mío, era eso...

—Debías saberlo muy bien cuando mencionaste lo del asesinato

de Jenny Scott. Vamos, habla de una vez por todas... o morirás sin remedio, lejos de todo el mundo que conoces y que has vivido hasta ahora...

—Nunca me soltarán sabiendo lo que sé... —jadeó ella, frenéticamente rabiosa ya, comprendiendo en toda su espantosa magnitud lo que la esperaba—. Nunca lo harán... Intentaron asesinar me en Londres con una furgoneta... y ahora pueden hacerlo impunemente, con toda sangre fría. Soy su prisionera, como un insecto atrapado en una telaraña o una mariposa atravesada por un alfiler... Pero no van a salirse con la suya aunque me maten. Otras personas saben ya muchas cosas de ustedes, de su maldito y oscuro negocio...

—¿Qué quieres decir? —la apremió la voz, inquieta—. ¡Habla, mujer, o te haré matar ahora mismo, sufriendo horribles dolores en tu agonía!

—Es fácil —rió Debra, que de repente, consciente de su suerte ya irremediable, pretendía cuando menos desconcertar a sus enemigos, por si ello redundaba en beneficio suyo o en un motivo de inquietud para ellos—. Del mismo modo que yo sé lo del vuelo XA-3, ellos también lo saben...

—¿Qué? —La voz emitió tal rugido ahora, rota su frialdad habitual, que el sistema de megafonía sufrió una violenta alteración, empezando a retumbar unos molestos zumbidos metálicos.

—Eso os sorprende, ¿eh, asesinos? —desafió Debra, convertida ya en un animal acosado que sabe que va a morir y trata de hacerlo luchando ferozmente—. Pues sabed que otras muchas cosas son ya sabidas fuera de aquí... Ese vuelo no podrá ser ya otro éxito terrorista para vosotros, como lo fueron los de Bokala, Santa Ana o el emirato de Omirán recientemente...

—Lo sabes todo... Absolutamente todo... —siseó la voz, alterada—. Dime, pronto, ¿cómo pudiste averiguar cosas que nadie salvo yo mismo y la computadora de código secreto conoce? ¡Habla, habla de una maldita vez por todas!

—No, no hablaré. Podéis matarme, pero no hablaré —rió ella, exultante de gozo al ver la preocupación que alteraba aquella voz antes tan autoritaria y fría—. Pero lo sabemos todo. ¡Todo! París-

Londres, vuelo XA 3... la paz mundial... la catástrofe...

—No puedo comprenderlo. Es cosa de brujería. Nadie, absolutamente *nadie* puede conocer esos detalles... Será preciso cambiar los planes ahora... Pero tú pagarás tu culpa, Debra Malone. No vas a vencerme. Eres demasiado insignificante para eso. Te quedarás ahí... y volveré para hacerte sufrir un interrogatorio como jamás pudiste imaginar. Luego, cuando seas una piltrafa humana y hayas confesado todo... morirás. Ésa es la suerte que te espera. Un seco chasquido marcó el final de la conexión con su amenazador enemigo. El silencio, un silencio profundo, tenso y angustioso, envolvió de nuevo a Debra, que pese a todo fue hasta el único mueble existente en aquella cámara, se sentó en él, bajo la potente luz que caía a chorro sobre ella, permaneció reflexiva, hundida en sus sombríos pensamientos, sin llorar de nuevo, decidida a mantener su firmeza de ánimo hasta el fin. De algo, al menos, estaba segura: su anónimo enemigo del micrófono oculto, había sufrido un violento sobresalto al oír la palabra «vuelo XA-3».

Eso, sin duda alguna, había alterado sus planes radicalmente. Pero por desgracia para ella, no creía que todo eso pudiera salvarla de su horrible suerte en poder de aquellos monstruos.

* * *

Herta von Klein fumaba nerviosamente, paseando por la oficina iluminada, mientras el reloj digital hacía pasar las cifras rojas luminosas con implacable ritmo, allá en el muro. Eran las cinco de la madrugada, y muchas cosas se habían alterado esa noche, a partir del traslado de Debra Malone, previamente narcotizada, a una de las cámaras secretas de su cuartel general dentro de la factoría. La mención de cierto vuelo, había trastornado todos los planes de Brian Hawthorne, quien tras una llamada telefónica alguien que estaba por encima de él, había partido urgentemente de la factoría, con destino a Londres. Para su regreso, tenía previsto torturar y ejecutar a Debra Malone para sacar de ella toda la información posible, antes de proceder a su eliminación física.

Ahora, la tensión dominaba a la alemana, pendiente de aquel reloj, del regreso de Hawthorne o de sus noticias telefónicas desde

Londres. Estaban demasiadas cosas en juego para tomarse a broma las palabras de la cautiva, que tanta impresión habían causado en ellos.

Un examen urgente de la computadora con programación en clave secreta, les había probado que de allí no salió la información que poseía Debra Malone. ¿De dónde, entonces, si era un alto secreto sólo conocido de unos pocos?

El tiempo transcurría, y Hawthorne no comunicaba con la factoría. Herta von Klein decidió salir de dudas sin necesidad de esperar a su jefe y amante.

Pulsó una tecla y reclamó con voz áspera:

—Vengan conmigo dos especialistas en interrogatorios con todo lo necesario. Vamos a ocuparnos de la prisionera de inmediato.

—Sí, señorita Von Klein —dijo una voz—. Vamos de inmediato.

Cuando dos hombres de siniestro uniforme negro se reunieron con la alemana, en las enguantadas manos de ambos iban sendos maletines cuyo contenido hubiera helado la sangre en las venas a la infortunada Debra. Allí dentro, se alineaban los instrumentos de tortura más refinados, sutiles y lacerantes, junto a drogas y sueros capaces de arrancar cualquier confesión a una persona.

—Vamos —ordenó ella glacialmente, emprendiendo la marcha con expresión endurecida en su rostro cruel, maligno.

Los tres personajes emprendieron la marcha hacia la cámara donde Debra permanecía cautiva.

* * *

Brian Hawthorne contempló a su interlocutor en silencio. Le era imposible descubrir el rostro oculto por aquella caperuza negra, tras la cual brillaban unos ojos de color indefinible, ya que ambos orificios poseían un plástico color oscuro que velaba las pupilas situadas tras la tela de la máscara.

—No debió venir a verme —dijo el encapuchado—. Es mucho el riesgo que corremos.

—Perdone, director —habló Hawthorne, enjugándose el sudor de la frente—. Es necesario que le exponga lo que sucede. Esa chica sabe demasiado. Y lo peor es que afirma que también lo saben los demás.

—¿Qué es lo que sabe?

—Todo. Mencionó el vuelo

AX-3,

las ciudades de París y Londres, la paz mundial, la catástrofe...
¡Todo!

—Eso ha tenido que ser un error suyo, Hawthorne —acusó—. Algún fallo en la computadora secreta... Alguien descifró el código...

—Imposible, director. Hemos comprobado eso Herta von Klein y yo. Nadie ha manipulado la computadora.

—Herta no sabía lo del vuelo

XA-3.

—No, no lo sabía. Sólo yo, director... y usted.

—Por mí, nadie pudo saber nada —cortó la voz, glacial—. El error tuvo que ser suyo, Hawthorne. Y no me gustan los errores.

—¡Juro que no he comentado con nadie el asunto! ¡No han podido saberlo!

—Pero lo saben, usted mismo lo ha dicho. Eso es mala cosa, Hawthorne. Muy mala.

Habrá que cambiar los planes. Y urgentemente.

—Pero ¿cómo, director? Es mucho dinero en juego, ese avión volará mañana hacia Londres...

—Pues haga algo, pero pronto. ¿Qué averiguó con las llamadas de esa chica?

—Nada. Llamó a su amigo, el periodista Larry Elliot. Por fortuna, él se encuentra fuera del país ahora, en el emirato árabe...

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó con frialdad el director.

—Bueno, el propio periódico, cuando ella llamó... Lo tenemos grabado.

—Mintieron. Ese periodista está aquí, en Londres.

—¿Qué? —se sorprendió Hawthorne, palideciendo.

—Alguien le está engañando como a un estúpido, y me pregunto por qué. Yo mismo he visto a Larry Elliot esta noche en una recepción oficial. Siga, Hawthorne, ¿qué otra llamada hizo esa muchacha esta noche?

—Bueno, una sin importancia. Al hotel Internacional, preguntando por una tía suya. Ella no estaba en su habitación.

—¿Sabe el nombre de esa tía?

—Sí. Agatha Malone. ¿Por qué lo pregunta?

—Espere. Llamaremos a ese hotel —alzó el teléfono, pidió el número a información y lo marcó. Mantuvo un breve diálogo con la centralita. Al fin colgó. Su modo de mirar a Hawthorne causó escalofríos en éste.

—Lo que me temía —dijo—. Allí no existe nadie de ese nombre ni recuerdan semejante llamada ni la tienen anotada siquiera. Sospecho que su cautiva no llamó en absoluto al hotel Internacional, y que esa llamada era una clave para alguien...

—Dios mío... Por eso mencionó el nombre de Jenny Scott... —tartamudeó Brian Hawthorne, enjugándose de nuevo el sudor, muy apurado.

—Conque eso hizo, ¿eh? Transmitió un mensaje, ni más ni menos, que acaso la propia Jenny le encargó en algún momento. Hawthorne, su torpeza es increíble y puede poner en peligro todo este negocio.

—Lo sé, lo sé, director... Volveré a la factoría para aclarar todo esto de una vez por todas, aunque tenga que arrancar a esa chica el pellejo a tiras...

—Haga lo que sea, pero pronto —dijo el encapuchado—. Yo, por mi parte, voy a actuar también de inmediato. Me temo que la situación se ha vuelto realmente peligrosa para nosotros.

Hawthorne, muy pálido, asintió, saliendo con rapidez de aquel lugar donde se había reunido con el jefe supremo de la organización que, desde el corazón de Inglaterra, manejaba los hilos del terrorismo mundial.

CAPÍTULO VII

Debra contempló con vivo terror a los tres visitantes.

—¿Qué... qué significa esto? —susurró, dando un paso atrás.

—Nada que no esperases, preciosa —rió duramente Herta von Klein, avanzando hacia ella con sus dos esbirros—. Venimos a charlar amistosamente contigo, Debra...

—Ya... ya lo saben todo. No tengo nada que decir... —susurró ella, crispada, sin quitar sus ojos de aquellos tres rostros que, como tres máscaras de muerte y de terror, se aproximaban paulatinamente a ella.

Tras de los visitantes, se cerró el panel metálico que se abriera a su paso, y quedaron encerrados los cuatro personajes en aquel desnudo recinto, bajo la cruda luz blanca, como seres de un mundo de ficción remoto e imposible. Debra sintió en sus venas una sensación de hielo puro. Le temblaban las rodillas.

—Claro que dirás muchas cosas —sonrió Herta malévolamente—. Mis amigos son especialistas en sonsacar a la gente, te lo aseguro...

—No... Oh, no... Torturadores... —Les miró con terror—. Piensan torturarme...

—Si hablaras sin necesidad de ello, sería mejor para todos. Pero me temo que no piensas hacerlo, pequeña...

—No tengo nada que decir —sostuvo Debra con energía—. Vendrán a liberarme, a dismantelar todo esto. Ellos ya lo saben todo ahora.

—Tal vez sí, o tal vez no —rió Herta von Klein—. Creo que eres una pequeña embustera, sumamente astuta, que sabe algo y ha provocado el pánico en mi amigo, jugando un poco con ciertas palabras clave. Veremos si es cierto que sabes tanto como dices,

preciosa.

Debra se esforzó por captar los pensamientos de aquella malvada mujer en esos momentos, para intentar amedrentarla con sus palabras. Logró decir algo que, sin duda alguna, sacudió a la alemana como un mazazo:

—Sé demasiadas cosas, amiga mía —desafió—. Y no sólo que usted y ese hombre tengan relaciones y se vean en su apartamento como esta noche... Sé que usted es una depravada viciosa, tras ese aspecto frío y distante, como sé todo lo demás...

—¿Qué sabes, maldita estúpida? —bramó ella, airada, mirándola con asombro.

—Sé que no confían plenamente en usted, pese a todo, y que sólo conoce ciertos asuntos de este sucio negocio, pero no todos... Claro, ya lo sabe bien... Ni siquiera le confiaron el secreto del vuelo XA-3...

aunque sí el de Bokala y Santa Ana o el del emirato, cuando ya eran cosa hecha...

—¿Cómo puedes saber...?

—Le sorprende, ¿eh? Más se sorprenderá cuando yo, con un solo grito, haga que se abran de nuevo esos paneles y entren aquí fuerzas del Servicio de Inteligencia británico, tropas y policías... Bastará con que, llegado el momento, sólo diga: «¡Adelante, amigos, aquí tenéis a los terroristas responsables de tanto crimen mundial!».

Apenas había formulado Debra su grito con voz alta y potente, cuando para asombro de ella misma en primer lugar, se movieron los paneles metálicos, y por sus huecos penetraron en la cámara de tortura donde iba a ser reducida la muchacha a un pelele humano incapaz de sostenerse en pie, oleadas de policías armados, soldados metralleta en ristre y hombres de paisano, provistos de pistolas automáticas.

En escasos segundos, y ante los ojos incrédulos de Debra, los tres torturadores fueron reducidos por aquella gente caída allí como llovida del cielo, y un hombre sonriente, de gabardina color marrón, se acercó a ella y saludó, cortés:

—Como ve, señorita Malone, hemos sido puntuales a su llamada.

—Cielos, no puedo creerlo... —gimió ella—. Es como una obra de magia... ¿Qué ha sucedido? ¿Cómo llegaron ustedes aquí tan a tiempo?

—Llevábamos ya rato rodeando la factoría —sonrió el hombre—. Permítame que me presente: superintendente David Richards, de New Scotland Yard. Conmigo viene el general Roberts, del MI-5, y el muy honorable John B. Saxfield, del Intelligence Service.

—Pero... pero sigo sin entender... —musitó ella, todavía aturrida.

—Muy sencillo: su mensaje al Servicio de Inteligencia, surtió efecto —suspiró el llamado John B. Saxfield, aproximándose con su elegante bombín en la mano—. Ya sabe, hotel International, tía Agatha y todo eso... La felicito por su valor, su serenidad y su astucia, señorita Malone.

—En efecto, eres digna de elogio, Debra, amiga mía —añadió una voz conocida.

—¡Larry Elliot! —gritó Debra, abriendo mucho los ojos al ver al periodista emerger de entre los recién llegados—. ¡Usted! Pero si dijeron que estaba en el golfo Pérsico...

—Una añagaza para cuando llamase desde aquí dentro. No podía permitir que dijera nada comprometedor. Luego, los del Servicio Secreto se pusieron en contacto conmigo y rodeamos esto. Hemos desconectado todos los sistemas electrónicos de seguridad y control, incluso los más sofisticados, mediante nuestros técnicos, y penetrado aquí cautelosamente. La mayoría de personal al servicio de estos granujas está ya a buen recaudo. Nos falta su gerente, Brian Hawthorne, que parece ser fue a Londres en busca de instrucciones de emergencia...

—Elliot, sé algo... Volvieron esos pensamientos ajenos... Eran de ese tal Hawthorne, sin duda, como otras veces fueron transmitidos por Herta von Klein...

—¿Qué es lo que ocurre ahora, Debra? —se interesó vivamente Larry.

—Capté una idea... Es ésta... «París-Londres... vuelo XA-3...

Paz mundial, muerte, terror, catástrofe...».

El jefe del Servicio de Inteligencia escuchó eso y lanzó una imprecación, precipitándose hacia un teléfono sin perder tiempo. Empezó a hablar excitadamente. El general Roberts se aproximó a la joven y al reportero.

—Lo que ha dicho esta joven es gravísimo —explicó— Mañana sale de París, en vuelo hacia Londres, totalmente secreto, el Premio Nobel de la Paz, con la comisión por la Paz Mundial, acompañados por varios altos mandatarios europeos, para reunirse en el 10 de Downing Street con nuestro premier. De esa conversación puede depender la paz y estabilidad mundiales. Si ese avión es derribado o volado en pleno viaje, las consecuencias pueden ser desastrosas para muchos países. Será preciso anular ese viaje y hacer otro distinto, tras un riguroso control. No sabe usted lo que ha conseguido, gracias a sus raras dotes de telépata, señorita Malone. Gracias a usted, puede aún salvarse la paz mundial... y, lo que es más importante, contribuir decisivamente a ello que esta auténtica multinacional del terrorismo, establecida en nuestro país y manipulando los hilos del terror en todo el mundo, vendiendo sus criminales servicios al mejor postor, sea desmantelada de forma total y definitiva.

—Debra, es usted casi un héroe nacional —sonrió Elliot, oprimiendo afectuosamente su brazo—. La felicito, muchacha. Ha logrado, con un simple don que la naturaleza le otorgó al nacer, lo que de otro modo hubiera costado años enteros, con un precio incalculable de vidas humanas, de sangre, de violencia y destrucción.

—Elliot, me hace usted sentirme feliz, por haber sido tan útil a mi propio país y al mundo entero... —suspiró ella, complacida.

—Eso puedo asegurárselo, amiga mía. Pero desde luego, la exclusiva de este reportaje será mía, ¿verdad?

—¿Lo duda acaso? —rió la joven, resplandeciente.

* * *

—Lamento decepcionarte una vez más, querida Sada, pero otra chica te ha quitado la última oportunidad de cazarme —sonrió Larry de buen humor.

—Sí, ya veo —suspiró la millonaria, con gesto resignado, contemplando a su joven y atractiva rival—. Esta vez, cuando menos, no me cambias por una horrible rubia de busto inmenso, sino por una jovencita bella, atractiva y encantadora. Te felicito, Larry. Siempre pensé que todo mi dinero y mi insistencia, no

servirían de nada. Y también usted, querida amiga, reciba mi felicitación más cordial. Sé perder, eso desde luego...

Y alzando su copa en alto, la apuró, con una sonrisa elegante, iniciando el mutis del bar donde se habían reunido los tres aquella mañana, tras el espectacular desmantelamiento de la factoría de EGI, verdadero cuartel general y centro estratégico de una poderosa multinacional del terrorismo. Aquella misma mañana había sido arrestado Brian Hawthorne cuando intentaba huir al extranjero.

Pero por la confesión de él, el último cabo suelto del caso quedaba aún en el aire. Había admitido que existía un jefe, un misterioso director, encapuchado, de cuya identidad nada sabía. Y según la policía, Hawthorne parecía sincero. Estaba ansioso de culpar a alguien para salir él mejor librado, pero no conocía detalle alguno que permitiera descubrir la identidad real del director.

Ahora, solos ya en el bar, Larry y Debra se miraron, sonrientes.

—¿Por qué te has enamorado de mí, Larry? —preguntó ella—. ¿Por ayudarte a hacer el mejor reportaje de tu vida?

—No seas tonta. Nadie se enamora de una chica por eso. Creo que ya me cazaste irremisiblemente cuando te salvé de morir ante mi periódico aquel domingo... Sí, apenas te vi supe que eras mi chica, mi definitiva chica...

Debra iba a decir algo, risueña, cuando de pronto se detuvo. Su rostro se alteró, palideció levemente, sus labios temblaron y brillaron sus ojos, excitados.

—Debra... ¿qué te ocurre? —murmuró él, alarmado—. Debra, por el amor de Dios...

—Espera. Ya lo tengo... Lo noto... —susurró la joven en tensión—. Es... es un pensamiento fuerte, intenso... Alguien, sin querer, me transmite sus ideas... Ideas de odio, de rencor, de despecho... Y hay algo más... Es rencor de mujer, celos,... Te ama y te ha perdido... No le gusta la idea, pero debe aceptarla...

—Debra...

—Espera. Hay más... Ella... ella sabe *quién* es Hawthorne... Está pensando en su fracaso... En su indumentaria de otras veces... Una caperuza... lentillas de plástico para ocultar el color de sus ojos tras la capucha... Es ella... ¡ELLA ES EL «DIRECTOR»! ¡Lo sé, Larry, lo sé!

Elliot, rápido, giró la cabeza hacia la puerta del bar. La vio allí, erguida, pálida, mirando fijamente con odio a Debra... Al verse

sorprendida, trató de alejarse, giró la cabeza.

—¡Sada! —rugió Larry—. ¡Sada... es el jefe de esa organización!

—Sí, Larry... es ella... —jadeó la joven, agotada por el esfuerzo.

Larry se dispuso a correr en pos de la bella millonaria, que se alejaba sin prisas del local. Alguien aferró el brazo del periodista. Éste se volvió. El muy honorable John B. Saxfield, del Intelligence Service, luciendo su inevitable bombín, sonrió reteniéndole.

—No, no se precipite, amigo Elliot —rogó—. He oído lo que acaba de decir la señorita Malone... y su poder telepático me merece mucho respeto. No tema. Ninguno de los dos tema que perdamos a esa mujer. Ahora sabemos quién es ella exactamente. La cazaremos. Vaya si la cazaremos...

Y salió tranquilamente del bar, dejando solos a los dos jóvenes. Debra, abatida, se abrazó al periodista.

—Dios mío, Larry, este poder mío, a veces es terrible... —se quejó.

—Pero providencial —musitó él—. ¡Pensar que la encontraba en todas partes, no porque fuese persiguiéndome a mí, sino porque ella era el cerebro de esos actos de terrorismo sanguinario...!

Y tratando de olvidar tanto horror, Larry Elliot atrajo hacia sí a Debra Malone y la besó en los labios, sin importarle demasiado que el local estuviera lleno de gente.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.